

colorchecker CLASSIC

x-rite

mm

93(7+8)  
VID

DESCUBRIMIENTO  
DEL  
**NUEVO MUNDO**  
CRÓNICA DIALOGADA  
DE LA CONMEMORACIÓN SECULAR  
DE ESTE GRANDIOSO DESCUBRIMIENTO  
POR  
LUIS VIDART  
EXDIPUTADO Á CORTES, CABALLERO GRAN CRUZ  
DE LA ORDEN DEL MÉRITO NAVAL, CORRESPONDIENTE  
DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA, CABALLERO DE LA  
ORDEN MILITAR DE SAN HERMENEGILDO, ETC.



MADRID  
IMPRESA DE ENRIQUE RUBIÑOS  
Costanilla de San Andrés, 7 dup.  
1893

R. 2046.

9708 Dupont  
D. de  
9407

DESCUBRIMIENTO

DEL

# NUEVO MUNDO

CRÓNICA DIALOGADA

DE LA CONMEMORACIÓN SECULAR  
DE ESTE GRANDIOSO DESCUBRIMIENTO

POR

## LUIS VIDART

EXDIPUTADO Á CORTES, CABALLERO GRAN CRUZ  
DE LA ORDEN DEL MÉRITO NAVAL, CORRESPONDIENTE  
DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA, CABALLERO DE LA  
ORDEN MILITAR DE SAN HERMENEGILDO, ETC.



MADRID

IMPRESA DE ENRIQUE RUBIÑOS

Costanilla de San Andrés, 7 dup.

1893

970/80  
VID

A mi querido amigo  
el Sr. D. Manuel Jimé-  
nez de la Espada, repe-  
tidamente invitado en las  
páginas de esta Crónica  
con el obsequio que merezco.

DESCUBRIMIENTO

DEL

NUEVO MUNDO

José Vial

## OBRAS HISTÓRICAS DEL AUTOR

- LA FILOSOFÍA ESPAÑOLA.  
LETRAS Y ARMAS.  
LOS POETAS LÍRICOS DE PORTUGAL.  
NOTICIAS BIOGRÁFICAS DEL COMANDANTE VILLAMARTÍN.  
LA HISTORIA LITERARIA DE ESPAÑA.  
CAMOENS.  
BIOGRAFÍA DEL GENERAL APARICI.  
LOS BIÓGRAFOS DE CERVANTES EN EL SIGLO XVIII.  
LOS BIÓGRAFOS DE CERVANTES EN EL SIGLO XIX.  
APUNTES PARA LA HISTORIA DE LA LITERATURA MILITAR EN ESPAÑA (*en colaboración con don Eugenio de la Iglesia*).  
BIBLIOGRAFÍA DEL CENTENARIO DE DON ÁLVARO DE BAZÁN.  
VIDA Y ESCRITOS DE DON VICENTE DE LOS RÍOS.  
DON ÁLVARO DE BAZÁN Y EL ALMIRANTE JURIEEN DE LA GRAVIÈRE (*en colaboración con D. Ramiro Blanco*).  
UN HISTORIADOR FRANCÉS DE LA VIDA DE CERVANTES.  
BIOGRAFÍA DE DON JAVIER DE SALAS.  
EL CUERPO DE ARTILLERÍA EN EL CENTENARIO DE SANTA CRUZ DE MARCENADO.  
LAS CORRIDAS DE TOROS Y OTRAS DIVERSIONES POPULARES. *Conferencia en el Ateneo de Madrid*.  
VILLAMARTÍN Y LOS TRATADISTAS DE MILICIA EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XIX. *Idem*.  
COLÓN Y BOBADILLA. *Idem*.  
COLÓN Y LA INGRATITUD DE ESPAÑA. *Idem*.  
*Biografías de* ERCILLA, GARCÍ-LASSO DE LA VEGA, HURTADO DE MENDOZA, EL MARQUÉS DE SANTA CRUZ DE MARCENADO, EL DUQUE DE ALBA, EL CARDENAL CISNEROS, EL P. FEIJÓO, CRISTOBAL COLÓN, EL DUQUE DE RIVAS, NÚÑEZ DE BALBOA, HERNANDO DE SOTO Y EL PADRE LAS CASAS, *en el almanaque de la Ilustración para 1882, y los años siguientes hasta 1893.*

93(7+8)

VID

DESCUBRIMIENTO

DEL

# NUEVO MUNDO

CRÓNICA DIALOGADA

DE LA CONMEMORACIÓN SECULAR  
DE ESTE GRANDIOSO DESCUBRIMIENTO

POR

LUIS VIDART

EXDIPUTADO Á CORTES, CABALLERO GRAN CRUZ  
DE LA ORDEN DEL MÉRITO NAVAL, CORRESPONDIENTE  
DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA, CABALLERO DE LA  
ORDEN MILITAR DE SAN HERMENEGILDO, ETC.



MADRID

IMPRENTA DE ENRIQUE RUBIÑOS

Costanilla de San Andrés, 7 dup.

1893

R. 2046.

SGCB2021

THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
LIBRARY

1940

THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
LIBRARY

Á María Josefa de  
Vargas - Machuca; á la  
madre de mis hijos.

Luis Vidart.

*Madrid 12 de Octubre de 1892.*

Handwritten text, likely bleed-through from the reverse side of the page. The text is faint and difficult to decipher but appears to be organized into several lines.





## CUARTO CENTENARIO

DEL

Descubrimiento del Nuevo Mundo.

---

CRÓNICA DIALOGADA

### I

Origen de esta CRÓNICA.—Los cronistas del Centenario, D. José Fernández Bremón, D. Cesáreo Fernández Duro y D. Alfredo Vicenti.—Las conferencias americanistas del Ateneo de Madrid.—Ni Centenario de Colón, ni Centenario del descubrimiento de América; debiera decirse: Centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo.—Los libros de don Marcos Jiménez de la Espada y de D. Alejandro de la Torre y Vélez.

Ha pocos días estuvo en mi gabinete de estudio mi mejor amigo, el *joven eterno* Magín Vera, y me dijo:

—Me parece que en el actual momento histórico...

—No sigas, le repliqué: el actual *momento histórico* es una frasecilla muy manoseada por escritoruelos de mala muerte.

—Sea como tú quieras; pero repito que en el actual momento histórico sería conveniente, según mi juicio, que publicásemos en LA ILUSTRACIÓN NACIONAL la crónica de los preparativos que se hacen para la celebración del cuarto centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo.

—¿Pero tú sabes si el Director literario de LA ILUSTRACIÓN NACIONAL, nuestro amigo don Eugenio de la Iglesia?...

—Nuestro amigo D. Eugenio de la Iglesia me ha encargado que te proponga la idea que acabo de exponerte.

—¿Y el propietario de LA ILUSTRACIÓN NACIONAL, nuestro amigo D. Arturo Zancada?...

—También está de acuerdo en que nosotros escribamos las *Crónicas* del próximo centenario.

—Pues manos á la obra, y comienza tú diciendo lo que hayas pensado acerca del asunto.

—Si te parece, comenzaremos manifestando que las crónicas del centenario las escribe en *La Ilustración Española y Americana* el ingenioso cuentista y aplaudido autor dramático D. José Fernández Bremón; en *La España Moderna*, el capitán de navío retirado y académico de la de la Historia D. Cesáreo Fernández Duro, y en *El Centenario*, el joven é inteligente periodista D. Alfredo Vicenti. En tan buena compañía comenzamos tú y yo nuestras tareas de cronistas del Centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo.

—¿Y no tienes más que decir?

—¡Sí por cierto! En los preliminares del Centenario, lo más importante que hasta ahora se ha hecho es la serie de conferencias explicadas en la cátedra del Ateneo de Madrid...

—Advierte que en esas conferencias he tomado yo parte, y no está bien que elogies...

—Suponiendo que tus conferencias fuesen muy malas, no son más que dos; y como la colección se compone de 55, quedan 53 conferencias, de las cuales puede afirmarse que ninguna se halla en el caso para las tuyas supuesto. Oye, que voy á leer los temas de las conferencias y los nombres de los conferenciantes, según el orden con que aparecen en el prospecto repartido por la casa editorial Sáenz de Jubera.

Magín Vera leyó lo siguiente:

«Criterio histórico con que las distintas personas que en el descubrimiento de América intervinieron han sido juzgadas, por D. Antonio Cánovas del Castillo; Idea de los antiguos sobre las tierras atlánticas, por D. Eduardo Saavedra; Descubrimientos geográficos de los portugueses anteriores á Colón, por el señor Oliveira Martins; Precedentes del descubrimiento de América en la Edad Media, por don Manuel María del Valle; España en 1492, por D. Daniel López; Colón y los Reyes Católicos, por el marqués de Hoyos; Gea americana, por D. Daniel Cortazar; Flora americana, por don Máximo Laguna; Protohistoria americana, por D. Juan Vilanova; Fauna americana, por don Telesforo Aranzadi; Lenguas americanas, por D. Francisco Fernández y González; Cerámica americana, por D. Juan de Dios de la Rada y Delgado; Razas americanas anteriores al descubrimiento, por D. Manuel Antón; Observaciones sobre el arte monumental americano, por D. Juan Facundo Riaño; Estado general de América en la época del descubrimiento, por D. Francisco Pi y Margall; Primer viaje de Colón, por D. Cesáreo Fernández Duro; Primera tierra descubierta por Colón, por D. Patricio Montojo; Los retratos de Colón, por D. Juan Pérez de Guzmán; Colón y Bobadilla, por D. Luis Vidart; Los restos de Colón, por D. Juan de Dios de la Rada y Delgado; El convento de la Rábida, por D. Ricardo Becerro de Bengoa; Significación que tuvieron en el gobierno de América la casa de Contratación y el Consejo de Indias, por don Manuel Danvila; Conquista de México, por el general Arceche; Amigos y enemigos de Colón, por D. Cesáreo Fernández Duro; Establecimiento y propagación del cristianismo en Nueva España, por el general Riva Palacio; Colón y la ingratitud de España, por D. Luis Vidart; Descubrimiento y conquista del Río

de la Plata, por D. Juan Zorrilla de San Martín; Las Indias Occidentales, por D. Rafael María de Labra; El Perú de los Incas, por don Pedro Alejandrino del Solar; Los Estados Unidos, por D. Gumersindo de Azcárate; Estado social y político de las Indias, por D. Manuel Pedregal; Descubrimiento y conquista del Perú, por el general Reina; Descubrimiento y conquista de Chile, por el general Carrasco; Descubrimiento y empresas de los españoles en la Patagonia, por D. Juan Pérez de Guzmán; Los metalúrgicos españoles en América, por D. José Rodríguez Carracido; Descubrimiento de la Oceanía por los españoles, por D. Ricardo Beltrán; Castilla y Aragón en el descubrimiento de América, por D. Víctor Balaguer; Magallanes y Elcano, por D. Pedro de Novo y Colson; El venerable Palafox, por el presbítero D. Florencio Jardiel; El Pacificador del Perú, por D. Rafael Salillas; Los Franciscanos y Colón, por doña Emilia Pardo Bazán; Las leyes de Indias, por D. Joaquín Maldonado Macanaz; Influjo del descubrimiento del Nuevo Mundo en las ciencias médicas, por D. Alejandro San Martín; Primeras noticias acerca de la vegetación americana, y resumen de las expediciones botánicas de los españoles, por don Miguel Colmeiro; El Padre Las Casas, por don Antonio María Fabié; Influjo del descubrimiento del Nuevo Mundo en las ciencias geográficas, por D. Martín Ferreiro; La Iglesia en la América española, por el marqués de Lema; Caminos posibles para descubrir América, y causas de haber sido el más improbable, el más rápido y fecundo, por D. Eduardo León y Ortiz; Gobierno de Frey Nicolás Ovando, por D. Cándido Ruiz Martínez; California, por don Rafael Torres Campos; Virreinato de México, por el marqués de Cerralbo; El Brasil, descubrimiento, colonización é influencia en la Península, por D. Gonzalo Reparaz.

—Me parece, dije á Magín Vera cuando ter-

minó su lectura, que en esa lista de las conferencias del Ateneo de Madrid falta la que leyó nuestro amigo D. Antonio Sánchez Moguel.

—Así es la verdad. No sé por qué razón, en el prospecto de los señores Sáenz de Jubera se ha dejado en el olvido la conferencia del señor Sánchez Moguel, que, si mal no recuerdo, se titulaba: *El descubrimiento del Nuevo Mundo en la leyenda y en la Historia*.

—Lamentable es la preterición de nuestro amigo Moguel, porque á su iniciativa se debe la fecunda labor realizada por el Ateneo de Madrid en los preliminares de la conmemoración centenarista del descubrimiento del Nuevo Mundo. Aun cuando yo haya tomado parte en el curso de conferencias históricas que en el Ateneo acaban de darse, esto no me priva del derecho de elogiar á mis ilustres colegas los demás conferenciantes en lo que yo creía justo, ni de censurarlos en lo que me parezca que así debo hacerlo.

—Pues empieza la tarea de panegirista ó censor, porque deseo saber lo que piensas acerca de las conferencias ateneistas.

—Pienso, en primer lugar, que la próxima conmemoración centenarista se llama por muchos Centenario de Colón, y por otros Centenario del descubrimiento de América, y que debiera llamarse Centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo. Y la razón es obvia. Lo que en los siglos XV y XVI se llamaba Nuevo Mundo, son las tierras que forman lo que actualmente llamamos América y Oceanía. ¿No merece la pena de conmemorarse el descubrimiento de Oceanía? Si ahora no se celebra el Centenario de su descubrimiento, ¿cuándo se ha de celebrar? Y de la exactitud de este razonamiento se halla una prueba en las conferencias del Ateneo, que se decía estaban dedicadas á la investigación histórica del descubrimiento de América, y, sin embargo, de ellas

forma parte la que dió D. Ricardo Beltrán y Rózpide, cuyo tema fué: *Descubrimiento de la Oceanía por los españoles*. Así, la verdad se impone siempre á la corta ó á la larga, y así el dicho de Hegel: «todo lo racional es real,» puede modificarse en esta forma: «todo lo racional es ó será real.»

—Es cierto que, por dichosa excepción, en las conferencias del Ateneo se ha tratado algo de lo concerniente al descubrimiento de Oceanía, así por el Sr. Beltrán y Rózpide, como por el teniente de navío D. Pedro de Novo y Colson en su conferencia *Magallanes y Elcano*, y no recuerdo si por algún otro orador; pero la verdad es que las glorias que alcanzaron los portugueses y españoles en el descubrimiento de Australia y de los archipiélagos del hemisferio austral, la conquista de las Filipinas por el insigne López de Legazpi, los viajes y descubrimientos de Torres, Mendaña y Fernández de Quirós, merecían mayor atención que la que se les ha consagrado y se les consagra en los preliminares de la conmemoración secular del descubrimiento del Nuevo Mundo.

—Basta por hoy de *Crónica dialogada*. En la próxima nos ocuparemos de las obras relacionadas con la historia del Nuevo Mundo, y de su descubrimiento, que acaba de publicar el canónigo D. Alejandro de la Torre y Vélez y el docto americanista D. Marcos Jiménez de la Espada.

20 Julio, 1892.

II

Las pocas conferencias publicadas del Ateneo de Madrid.—  
*Fuentes históricas sobre Colón y América.* Pedro Mártir de Angleria. Libro rarísimo, que sacó del olvido, traduciéndolo y dándolo á luz en 1892, el doctor D. Joaquín Torres Asensio, canónigo lectoral de Madrid.

—Ofreciste, me dijo Magín Vera, ocuparte en examinar las conferencias históricas dadas en el Ateneo de Madrid acerca del descubrimiento del Nuevo Mundo; y después...

—Tienes razón, contesté; es cierto que dije me ocuparía en el examen de las conferencias ateneístas; pero la publicación de estas conferencias va tan despacio, que hasta ahora sólo han visto la luz pública dieciséis, siendo 55, como sabes, su número total.

—Puedes hablar de esas dieciséis conferencias ya publicadas.

—Antes de hacerlo así, me parece conveniente exponer el juicio que yo tengo formado acerca de la historia del descubrimiento del Nuevo Mundo.

—Pues comienza, que ya te escucho.

—Yo creo que la historia del descubrimiento del Nuevo Mundo, para el vulgo de las gentes y para mucha gente nada vulgar por sus conocimientos en otras materias, está reducida á este brevísimo concepto: un gran navegante genovés, un genio, Cristobal Colón, adivinó la existencia de un mundo desconocido para los europeos; ofreció este mundo ignoto á reyes y pueblos, y únicamente la reina de Castilla Isabel la Católica, por una corazonada femenina, aceptó el ofrecimiento. Colón cumplió su promesa, y descubrió el Nuevo Mundo. La Reina Católica, pocos años después, consintió que se procesara y se pusieran grillos y cadenas al descubridor de un mundo, puesto que no cas-

tigó al juez inicuo que había cometido tales atentados; y su marido, el rey D. Fernando, completó aquella obra de iniquidad dejando morir en la miseria y en el abandono al más insigne de los navegantes descubridores; y así Cristobal Colón ciñó su frente con la doble é inmarcesible corona del mártir y del genio.

—Ciertamente que lo que has dicho es el resumen de lo que podría llamarse la leyenda popular del descubrimiento del Nuevo Mundo.

—Pues oye lo que dice la Historia. Los progresos de la navegación durante los últimos siglos de la Edad Media, las navegaciones en el Océano de los vascongados, andaluces y catalanes, el florecimiento de los conocimientos náuticos en Mallorca y Barcelona, y la invención ó fácil aplicación de la brújula, hicieron posibles las empresas marítimas del infante D. Enrique de Portugal, y su creación de la academia náutica de Sagres. El infante don Enrique, reuniendo todos los medios que en su tiempo existían para impulsar los descubrimientos geográficos, consiguió que sus navegantes doblaran el cabo de Non y el de Bojador, y que explorasen islas del mar Océano, hasta aquel entonces desconocidas. Comenzados los descubrimientos, disminuído ya el espanto que causaban los *mares tenebrosos*, se hizo posible á su vez que Cristobal Colón proyectase nuevos descubrimientos de tierras y mares é idease llegar á las Indias por un camino diferente, y á su juicio más corto que el que trataban de encontrar los navegantes portugueses.

—Es importante que se fije en la memoria que Colón jamás ofreció descubrir el Nuevo Mundo, que hoy llamamos América y Oceanía, sino llegar á las Indias, esto es, á las costas de Asia, y encontrar allí el Aureo Chersoneso de los antiguos, la isla de Cipango y el oro de Ofir. de que en la Biblia se habla.

—El proyecto de Colón halló en España cre-



yentes é incrédulos en su posibilidad y en sus ventajas, caso de ser posible. Triunfaron los creyentes, porque en este número se contaba, no sólo la Reina Católica, sino también el Rey de Aragón y su camarero Juan Cabrero, y fray Diego Deza, y el prior de la Rábida, fray Juan Pérez, y el cosmógrafo fray Antonio Marchena, y Quintanilla y Santángel, y los Pinzones, y tantos y tantos otros frailes, astrólogos, ó cosmógrafos que hoy diríamos, y personajes de la Corte, así castellanos como aragoneses, según ha demostrado el presbítero D. Miguel Mir con datos y razones de todo punto evidentes.

—Es decir, que carece de exactitud aquel conocido lema nobiliario:

«Por Castilla y por León  
Nuevo Mundo halló Colón.»

—Si se quisiera encerrar en un mote de escudo de armas la verdad del descubrimiento colombino, habría que decir:

Por Castilla y Aragón,  
y Mallorca y Portugal,  
Nuevo Mundo halló Colón.

—¿Por Mallorca?

—Sí: los mapas que pudieron servir para la enseñanza en la escuela náutica de Sagres, por mallorquines estarían hechos, y quizá por su mismo director de estudios, como hoy diríamos, Jaime de Mallorca. Los que enseñan son siempre predecesores de *los que hacen*, porque la idea, así en lo colectivo como en lo individual, siempre precede al hecho que realizan los seres racionales.

—Pase lo de Mallorca.

—Como precisa é ineludible condición para emprender su viaje, exigió Colón que los Reyes Católicos le firmasen un contrato por el cual se le concedía el título de Almirante de las Indias con las mismas preeminencias que los antiguos almirantes de Castilla, el gobierno de

todas las tierras que se descubriesen por su mano ó por su industria para sí, sus hijos y sucesores, con el nombre de visorrey, y la tercera parte de todo lo que rentasen los nuevos dominios que se añadían á la corona de Castilla. Forma contraste este convenio con el que años más tarde hizo el célebre Fr. Bartolomé de las Casas para ir á poblar las tierras del Nuevo Mundo; porque mientras Colón sólo se ocupa en asegurar su dominio y el de sus descendientes en las tierras que se descubrieran por su mano ó por su industria, y nada estipula que pueda favorecer á los que le ayudasen en su empresa, el P. Las Casas sólo contrata las ventajas que habían de concederse á los labradores que iban en su compañía, y nada exige que pueda redundar en beneficio de su persona ni de su familia.

—Todo lo que dices me parece exacto; pero los grillos...

—No sigas, te contestaré. El doctor don Joaquín Torres Asensio, canónigo lectoral de Madrid, en un libro que acaba de publicarse, dice que Colón no fué tratado con ingratitud por los reyes de España; y añade: «pero ¿y los grillos de Colón?... Los grillos de Colón sirvieron para que se pusiera de manifiesto que D. Fernando y doña Isabel no eran capaces de tratar indignamente al que les había adquirido un mundo... La responsabilidad, pues, que haya en haber encadenado á Colón, es toda de Bobadilla. Pero á este hombre, de quien los autores contemporáneos dan buenos informes; á este gobernador, que se ahogó en el mar cuando venía á dar cuenta de sus actos, no debemos condenarle sin oírle. En este caso, aun deplorando como deploramos el hecho, demos y debemos suponer rectitud en la intención; que para explicar esta desgracia y otras mayores, basta y sobran las dificultades de investigar, las pasiones de los denunciadores y las equivocaciones de los hombres. Esta pru-

dente reserva guarda nuestro autor (Pedro Mártir de Angleria) cuando escribió: *Qué se haya averiguado respecto del Almirante y de su hermano, ó de los que estuvieron en contra de ellos, no lo veo bien.*»

—¿Y tú te conformas con la opinión del lectoral Sr. Torres Asensio?

—No, por cierto. El docto lectoral de Madrid, no por el prurito de singularizarse y llamar la atención, aunque sea con ideas paradójicas, sino por la obvia razón de que piensa que así interpreta bien la verdad histórica, sostiene la opinión de que no cabe en justicia, ni condenar ni absolver al comendador Bobadilla, y esto le demostrará á nuestro amigo D. José M. Asensio que no es tan claro como suponer el asunto de los grillos de Colón; pero yo creo que, fijándose en lo que dicen los cuatro historiadores primitivos de las Indias, el cura de los Palacios, Angleria, Oviedo y Las Casas, y los documentos oficiales en que de dicho asunto se trata, se puede defender con suma facilidad la conducta que siguió el comendador Bobadilla en el gobierno de la Española, y limpiar su memoria de los borrones con que pretenden mancharla los panegiristas de Cristobal Colón.

—¿No te acuerdas de que, además de las conferencias del Ateneo, del libro del Sr. Torres Asensio, de otro libro del Sr. La Torre, y del notable prólogo que ha escrito D. Marcos Jiménez de la Espada en una obra del P. Las Casas, debemos decir algo de las fiestas que se harán en Huelva para conmemorar el famoso 3 de Agosto de 1492, de la carabela *Santa María* y de...?

—De todo me acuerdo, pero sólo puedo decir ahora: *se continuará.*

30 Julio, 1892.

III

La nao *Santa María* y los festejos de Huelva y de Moguer.— De cómo se debieran de emplear los cuatro millones de reales que se propone invertir en juegos de artificios y otros excesos el Ayuntamiento de Madrid.—*De las antiguas gentes del Perú*, por el P. Las Casas, con un prólogo de D. Marcos Jiménez de la Espada.—Un libro del canónigo lectoral de Salamanca, D. Alejandro de la Torre, y un poema del Excmo. Sr. D. José Lamarque de Novoa.

—Terminamos, dije á Magín Vera, nuestro anterior *Crónica dialogada* diciendo *se continuará*, y hoy, en efecto, continuamos nuestra tarea manifestando que la reproducción de la carabela ó nao *Santa María* ha servido en Palos de Moguer para recordar, por modo visible, digámoslo así, el comienzo de la inmortal empresa que dió con su resultado el descubrimiento de las Indias Occidentales, que hoy llamamos América y Oceanía.

—Como los periódicos diarios, observó Magín Vera, han dado cuenta de los festejos con que se ha solemnizado en Huelva y en Palos la fecha en que se cumplía el cuarto centenario del memorable 3 de Agosto de 1492, nosotros creo debemos limitarnos á recordar este hecho, sin entrar en pormenores que ya son conocidos antes de que vea la luz pública nuestra *Crónica dialogada*.

—Tienes razón; y ya que de lo pasado no debemos hablar con detenimiento, hablemos de lo futuro; por ejemplo, del programa de las fiestas con que el Ayuntamiento de Madrid trata de conmemorar el descubrimiento del Nuevo Mundo.

—¡Famoso programa! Cuatro millones de reales invertidos en dos corridas de toros, fuegos artificiales en la plaza de la Anarquía y en las Vistillas, un pabellón municipal en e

Prado, dianas y retretas por las músicas del Hospicio y de...

—No sigas: mejor que censurar una cosa es presentar un proyecto de fiestas públicas más aceptable que el programa del Ayuntamiento, que, en verdad sea dicho, me parece muy anticuado, sobre todo por lo de las corridas de toros para obsequiar á los extranjeros. Yo tuve la honra de pertenecer á la Junta directiva que organizó los festejos del Centenario de Calderón. Allí se trató de si había de formar parte de estos festejos una corrida de toros con caballeros en plaza al uso del siglo XVII, y el Sr. D. Manuel M. J. de Galdo y yo, ambos hijos de Madrid, del pueblo donde hay más afición á los toros y á los toreros, dijimos que si formaban parte del programa de las fiestas calderonianas cualquier clase de lidia taurina, con caballeros ó sin caballeros en plaza, nosotros renunciábamos á los puestos que ocupábamos en la Junta y en la Comisión ejecutiva del Centenario, manifestando al público la causa de nuestra renuncia. El presidente de la Comisión ejecutiva, que lo era el exministro é ilustrado escritor D. Antonio Romero Ortiz, comprendió prontamente las razones que teníamos el Sr. Galdo y yo para proceder en la forma que lo hacíamos, y las corridas de toros fueron eliminadas del programa de festejos del Centenario de Calderón. Después de lo que acabo de contarte, figúrate lo que me parecerán las dos corridas de toros con que ahora quiere honrar la memoria de Colón el Ayuntamiento de Madrid.

—Decías que yo presentase un programa de festejos mejor que el del Ayuntamiento. Nada más fácil. De los cuatro millones de reales destinados á las fiestas del Centenario, uno, esto es, cincuenta mil duros, gastarlos en una brillante recepción hecha á los extranjeros en la casa de la Villa ó en el Teatro Real, si el local de esta casa no era suficiente; y los tres millo-

nes restantes emplearlos en un monumento conmemorativo de los descubridores del Nuevo Mundo. En este monumento debieran aparecer dos estatuas colosales en que se simbolizasen la Religión cristiana y la Ciencia, que son los dos factores que han producido la cultura y el progreso de Europa, y en estatuas más pequeñas, en bustos y en bajo-relieves se hallarían representados Colón, los Reyes Católicos, Magallanes y Elcano, Vasco de Gama, el infante D. Enrique de Portugal, Núñez de Balboa, Bartolomé Díaz, Hernán Cortés, Alfonso de Albuquerque, Francisco Pizarro, Miguel López de Legazpi, el licenciado La Gasca, Fr. Andrés de Urdaneta, el P. Las Casas, el descubrimiento del río de las Amazonas por Vicente Yáñez Pinzón, el descubrimiento del Misisipi por Hernando de Soto, la primera misa que se celebró en América, la primera Universidad que se levantó en...

—Pero, dime: ¿dónde iban á caber tantos personajes ilustres y tantos hechos memorables como los que vas citando?

—En un monumento que costase ciento cincuenta mil duros, y si era preciso algo más, que por suscripción nacional podría reunirse, ya cabría la historia en mármoles y bronce del descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo, desde el momento en que Jaime de Mallorca explicaba en Sagres la ciencia náutica á principios del siglo XV, hasta los comienzos del siglo XVII, en que el portugués Pedro Fernández de Quirós daba á conocer con exactitud los mares y las tierras que forman los archipiélagos de lo que ahora llamamos Oceanía.

—Pero yo te preguntaba por tu programa de festejos...

—Justamente; y yo te contesto que la recepción en el Ayuntamiento y la ceremonia de poner la primera piedra al monumento dedicado á conmemorar la gloria de los descubridores y conquistadores del Nuevo Mundo sería mi pro-

grama de festejos, si yo fuese, que no lo seré nunca, concejal del Ayuntamiento de Madrid.

—Dejemos proyectos que no han de ser realizados; dejemos que el Ayuntamiento gaste cuatro millones de reales en fuegos de artificio, porque no podemos evitarlo, y hablemos algo de los libros que tenemos sobre la mesa, referentes á la historia del Nuevo Mundo, porque estos libros son lo único que prevalecerá después que se gaste la pólvora en salvas ó en fuegos artificiales, que es lo mismo, durante las fiestas del próximo Centenario.

—Cuando concluí de leer el prólogo que ha puesto el docto americanista D. Marcos Jiménez de la Espada al libro titulado *De las antiguas gentes del Perú*, que es una copia ó extracto de lo que dice acerca del asunto el Padre Las Casas en su *Historia apologética de las Indias*; cuando concluí de leer el prólogo del Sr. Espada, me convencí más y más de que no yerran los que dicen que la Historia, y especialmente la de América, es, la mayor parte de las veces, un tejido de errores y lamentables equivocaciones. El Sr. Espada es de los pocos, de los poquísimos, que escriben de Historia no buscando el aplauso del público, sino la verdad de los hechos. Honra alcanzará el Sr. Espada por el camino que sigue; provechosos, pocos ó ninguno. Razón demás para que alabemos sus trabajos como buenas obras literarias y como buenas acciones en el terreno de la moral pública.

—De otro libro podrías decir algo. Se titula *Estudios críticos acerca de un período de la vida de Colón*, y está escrito por el canónigo lectoral de Salamanca, D. Alejandro de la Torre y Vélez.

—A mi juicio, el Sr. La Torre acierta cuando destruye los errores de la leyenda colombina, y demuestra que en España no había ni el fanatismo religioso ni la ignorancia científica que suponen los encomiadores de Colón;

pero se equivoca cuando trata de precisar hasta el último ápice la vida y los hechos de Cristobal Colón, en los siete años que permaneció en España, pretendiendo que le concedieron el Almirantazgo de las Indias y otras ventajas, además de los auxilios necesarios, antes de emprender su viaje dirigiendo el rumbo al Poniente para llegar al Oriente, que era lo que no acertaba á comprender el vulgo de sus contemporáneos.

—A pesar de lo que dices, el libro del lectoral de Salamanca es muy curioso y erudito; y es lástima que después que el P. Cappa ha demostrado que Colón jamás fué marido de doña Beatriz Enríquez, el Sr. La Torre hable de un matrimonio clandestino que ha creado su buen deseo de salvar al padre de D. Fernando Colón de un pecado grave, pero por desgracia de todo punto evidente.

—También hemos recibido un poema histórico de un notable escritor sevillano, el Excmo. Sr. D. José Lamarque de Novoa, en que, conforme á lo dicho por los historiadores Wáshington Irving y D. José M. Asensio, se declara á Colón mártir de la envidia y malas pasiones de los cortesanos de los Reyes Católicos,

Que de sus altas glorias envidiosos  
En su honra immaculada,  
Le hirieron, inhumanos,  
Aún más que Bobadilla  
Crueles y alevosos.

Al obispo Fonseca se le llama en el poema del Sr. Lamarque *pérfido y orgulloso*; y de don Fernando de Aragón se dice:

Que al Almirante infiere  
Con su inicua doblez un nuevo agravio.

En otra parte del poema se pinta á Colón pobre y desvalido, pidiendo en vano justicia al Rey Católico,

Que nunca á la piedad se abrió benigno  
El pecho endurecido de un tirano.



Por último, el Sr. Lamarque, después de estos antecedentes históricos, explica el martirio de Cristóbal Colón escribiendo lo siguiente:

Que tal sucede en los pueblos  
Do impera la tiranía,  
Y cuando todo se fia  
De un hombre á la voluntad.

Es decir, que la España de Cisneros y del Gran Capitán; la España de los Reyes Católicos, que fundaron la unidad nacional y destruyeron el feudalismo; la gloriosa España del siglo XVI, era un pueblo en que imperaba la tiranía y en que todo se fiaba á la voluntad de un hombre, el tirano D. Fernando de Aragón.

—Pues, mira, lo que dice el Sr. Lamarque en su poema *Cristóbal Colón*, es lo que hoy aceptan como verdad histórica la inmensa mayoría de los españoles. Los que nos permitimos poner en duda, ó negar, las maldades del Rey Católico, del obispo Fonseca, de los Pinzones, de Bobadilla, Ovando y los personajes de la Corte de los Reyes Católicos, estamos acusados de envidiosos de la gloria de Colón, y, lo que aún es más notable, ¡¡¡de malos patriotas!!!

—Esto es el *acabóse*. Punto final, y hasta otro día.

12 Agosto, 1892.

#### IV

Un artículo de Castelar y otro de Balart.—La inversión de los seis millones de reales que trata de gastar en las fiestas del Centenario el Ayuntamiento de Madrid.—Lo que dicen acerca del próximo Centenario los señores Sánchez Moguel, Ferrazón y Sorela.

—Mucha tela tenemos hoy cortada, me dijo Magín Vera, si hemos de dar cuenta de todos los preparativos que se hacen para la celebración del próximo Centenario.

—Pues mira, le contesté, es posible que sea muy poco lo que podamos hablar, porque antes de todo tienes que oír una carta que he escrito á nuestro amigo Balart. Dice así:

«Mi querido *consonante*: Supongo que usted no se negará á aceptar como verdadera la cariñosa frase con que usted solía saludarme cuando hace ya muchísimo tiempo ocupábamos un puesto, ó mejor dicho, dos puestos, en los escaños del Congreso de los diputados, á pesar de que ahora vengo á romper lanzas con usted en las controvertidas cuestiones que se refieren á la historia del descubrimiento del Nuevo Mundo.

En el artículo que ha publicado usted en *El Imparcial*, que se titula: *A lo hecho, pecho*, tratando de la próxima conmemoración secular, ha dicho usted:

«Palabras no han de faltar, Dios mediante. Por desgracia, las primeras que han llamado la atención son de censura para el gran descubridor... Averiguar al cabo de cuatrocientos años que Colón fué hombre, me parece descubrimiento un tanto inferior al del Nuevo Mundo.»

No cabe duda, amigo Balart, que si la señora Pardo Bazan, el Sr. Fernández Duro y yo, que somos los que mayormente hemos hablado de los defectos de Colón, en nuestras conferencias del Ateneo de Madrid, lo hubiéramos hecho con el propósito de demostrar que el descubridor del Nuevo Mundo estaba sujeto á las flaquezas inherentes á la mísera condición humana, nuestra tarea merecería bien que usted la menospreciase con la punzante ironía que en sus palabras se descubre. Pero es el caso, que la Historia tiene por ley respetar la verdad conocida é investigar la que se desconoce; y por esta causa, al hablar de Cristóbal Colón, admira la sabiduría y el valor del navegante, pero no calla, ni debe callar, sus debilidades ó sus extravíos, no para ufanarse con tales des-

cubrimientos, sino para decir la verdad, ó al menos, lo que considera que es verdadero.

Así nuestro ilustre amigo D. Emilio Castelar ha dicho el día 3 de Agosto del presente año, fecha en que se cumplía el cuarto Centenario del memorable 3 de Agosto de 1492, en un artículo publicado en *El Liberal*: «La pasión de crear, ideando como un Dios, y la pasión de redondearse, vendiendo como un Sylock, no caben en el fondo de un saco y cabían en el alma de Colón.»

Y en otra parte del mismo artículo, dice el Sr. Castelar que quien desconozca de Colón las grandezas de su pensamiento y las aspiraciones proféticas de su espíritu, desconoce toda una parte del sér suyo; «pero quien desconozca su finura de italiano, su mercantilismo de genovés, su diplomacia de siglo XV, su hidrópica sed de riqueza, sus estratagemas de navegante, sus dobleces florentinas de conspirador, su propensión á entregarse en cuerpo y alma al primer potentado que habla, sus continuas sumas y restas, lo desconoce también en otro aspecto no menos curioso que el primero, y no menos decisivo para su magna finalidad total y para su creación maravillosa.»

No creo yo que se coloquen en el número de las virtudes de Cristobal Colón, que fuese capaz de vender como Sylock con objeto de redondearse, ni tampoco se pueden considerar como perfecciones morales su mercantilismo, sus dobleces florentinas y su sed hidrópica de riquezas; pero el Sr. Castelar ha juzgado con gran acierto que, al escribir la *Historia del descubrimiento del Nuevo Mundo*, debía pintar al eximio navegante que realizó en su parte esencial tan portentoso descubrimiento, tal como realmente era, y no como aparecía descrito en las fábulas de lo que llama el Sr. Fernández Duro la leyenda colombina.

Después de este primero y supremo interés de la Historia, decir la verdad, había otro que

nos ha obligado á recordar las faltas que como virrey de la Española cometió el primer Almirante de las Indias. Es lo cierto que los Reyes Católicos no cumplieron el contrato que habían hecho con Cristobal Colón, concediéndole el gobierno de las islas y tierra firme que descubriese, puesto que el comendador Bobadilla, de conformidad con las órdenes que se le habían dado, le privó del virreinato de la isla Española, y los Reyes Católicos jamás volvieron á restituírle la posesión del dicho virreinato. Si Colón hubiese gobernado con acierto, la resolución tomada por los Reyes doña Isabel y D. Fernando sería de todo punto injusta, y sólo recordando lo malísimamente que gobernaba Colón, era como podía servirse al propio tiempo á la causa de la verdad y á las legítimas aspiraciones de nuestro amor patrio.

Su aserto, amigo Balart, de que Colón es como el autor de un libro, y los Pinzones como los dueños de la oficina donde ese libro se imprime, no me parece tan evidente como un axioma; pero dejo la tarea de contestarle, si así lo estima conveniente, á mi maestro en historia colombina, D. Cesáreo Fernández Duró, que es el abogado de los Pinzones en estos pleitos históricos. Y llego con sumo gusto á la parte de su artículo en que me halló completamente de acuerdo con todo lo que usted dice. Sí, amigo mío; dice usted con mucha razón: «Juntad en un arca lo que ha de costar el monumento de Palos, el de Granada, los dos de la Habana y el arco triunfal de Barcelona; agregad lo invertido en la carabela *Santa María*, lo gastado en las fiestas de Huelva, lo que se derrochará en las de Madrid y otras capitales: añadid lo que, dejando dormir obras de ornato tan inútiles como la futura plaza de la Cibeles, podría dar el Municipio madrileño si como parecía natural, se levantara en la capital de la nación el monumento conmemorativo de esta gloria nacional; aglo-

merándose en fin, cuanto se ha invertido y se ha de invertir en mármol, en bronce, en hierro, en tablazón, en brea, en cáñamo, en lona, en percalina, en engrudo, tendréis una millonada bastante para emprender algo capaz de honrar la memoria de Colón, sin publicar la miseria de España.»

Al mismo tiempo que usted escribía lo que acabo de copiar, también escribía yo algo muy semejante, proponiendo, en el número del 16 de Agosto de LA ILUSTRACIÓN NACIONAL, que se erigiese en Madrid un gran monumento en que se conmemorasen los héroes y los hechos notables del descubrimiento del Nuevo Mundo.

En la construcción de este monumento deberían de gastarse tres de los cuatro millones de reales que el Ayuntamiento madrileño destina á fuegos artificiales, corridas de toros y otras diversiones públicas con que se propone honrar la memoria de Cristóbal Colón. Pero ya habrá usted visto que no basta decir «A lo hecho, pecho;» porque es necesario reservar el pecho, esto, es la mayor dosis posible de conformidad para no disgustarse por las nuevas determinaciones de nuestro ilustre Ayuntamiento. Ha comenzado por resolver que es preciso gastar, no cuatro, sino seis millones de reales en los festejos del próximo Centenario. De estos seis millones, como protección á la literatura, destina tres mil duros para el autor de la *Crónica* de los festejos municipales; como protección á las artes plásticas, trece mil duros para los carteles en que se anuncien los ya dichos festejos; como medio de propagar las luces, ocho mil duros para un farol en la llamada plaza de la Anarquía por el marqués de Sardoal, y de la Discordia por Mariano de Cavia...»

Aquí llegaba de mi lectura, cuando Magín Vera me interrumpió exclamando:

—¡Basta! Dicen que el Gobierno ha desapro-

bado los proyectos de festejos del Ayuntamiento, fundándose en el disgusto que en la opinión pública ocasionaban.

—Me alegraré que sea verdad lo que me dices; pero aunque así fuese, ya buscará medios el Ayuntamiento para gastar esos seis millones de reales, desatendiendo por completo lo que han propuesto D. Patricio Ferrazón, D. Federico Balart, D. Antonio Sánchez Moguel, D. Luis Sorela...

—¿Y qué es lo que han propuesto los señores Moguel, Balart, Ferrazón y Sorela?

—No tengo tiempo de contestarte ahora, ni de concluir la lectura de mi carta á Federico Balart; pero en nuestra próxima *Crónica* terminaremos todo lo que hoy queda pendiente.

23 Agosto, 1892.

## V

Las ideas acerca de la celebración del Centenario, de los señores D. Federico Balart, D. Antonio Sánchez Moguel, don Patricio Ferrazón y D. Luis Sorela.—Un libro de la duquesa de Alba.—Un estudio biográfico de Martín Alonso Pinzón, por el Excmo. Sr. D. José M. Asensio.—*Cristóbal Colón y el descubrimiento de América*, por Alejandro de Humboldt; obra traducida del francés por D. Luis Navarro.

—Dejamos pendiente en nuestra anterior *Crónica dialogada*, me dijo Magin Vera, la terminación de tu carta á Federico Balart, y el juicio que nos merecen las opiniones de los señores Sorela, Moguel y Ferrazón acerca de...

—Sí; mucho fué lo que dejamos pendiente; pero resumiendo todo lo que tenía que decirte en las menos palabras posibles, he de recordarte que el teniente coronel de Infantería de Marina D. Patricio Ferrazón, al iniciar, allá por los años de 1836, la idea de que debía conme-

morarse solemnemente el cuarto centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo, propuso que esta conmemoración se verificase en la capital de la Monarquía española, donde había de levantarse un colosal monumento que fuese á la vez, tumba de los descubridores de las cinco sextas partes de la superficie de la esfera terrestre, y apoteosis de la raza ó gente hispano-portuguesa, que había llevado á cima tan grandioso descubrimiento. Esta felicísima idea del Sr. Ferrazón ha sido sustituida por los *minúsculos* monumentos de Palos, Granada y Barcelona, y los dos de la Habana; sustitución que el Sr. Balart censura con razones que no tienen vuelta de hoja, como vulgarmente se dice. Y más aún. En los días de la celebración del Centenario, la capital de España se verá privada de la presencia del Jefe del Estado y de algunos de sus ministros, que irán á Huelva, para presidir la inauguración del monumento levantado en la playa de Palos de Moguer y la apertura del Congreso americanista que se ha de reunir en el convento de la Rábida. Y es el caso, según nos ha dicho el Sr. D. Antonio Sánchez Moguel en las columnas de *La Ilustración Española y Americana*, que lo probable es que el monumento no pueda estar construído para el próximo 12 de Octubre, y que en el convento de la Rábida no hay local suficientemente espacioso para que puedan reunirse los socios del Congreso americanista.

—¿Y dónde se reunirá este Congreso?

—Probablemente tendría que ir á parar al *Hotel Colón*, de Huelva; y de todo esto resultaría que se conmemoraba por la Reina Regente de España, acompañada de sus consejeros responsables, el descubrimiento del Nuevo Mundo en una fonda de una capital de provincia. Para evitar todo esto, propone el Sr. Sánchez Moguel que las maniobras marítimas se verifiquen en Cádiz, y que el Congreso americanista celebre sus reuniones en Sevilla.

—Me parece bien lo que propone el Sr. Sánchez Moguel.

—Yo también creo que entre *lo que puede suceder* y la proposición de Moguel, la elección no es dudosa. Sevilla y Cádiz son lugares más adecuados que Huelva para la conmemoración del Centenario; pero yo creo, como el Sr. Ferrazón, que la Reina Regente y el Gobierno deben estar en Madrid el próximo 12 de Octubre de 1892, en que se cumplen cuatrocientos años del día memorable en que Colón, los Pinzones y sus esforzados compañeros de viaje pisaron por vez primera las tierras del Nuevo Mundo; y que no pudiendo verificarse en el convento de la Rábida el Congreso americanista, por las causas que ha dicho el Sr. Moguel, debe celebrar sus sesiones este Congreso en la capital del reino que más poderosamente ha contribuido al exacto conocimiento de la configuración del planeta en que vivimos.

—También sería conveniente que no te olvidases de la indicación que ha hecho nuestro amigo D. Luis Sorela...

—No la olvidaba, porque me parece muy bien que se aprovechase la coyuntura que presenta la celebración del próximo Centenario, para «invitar á los Estados americanos á unirse al noble fin que persigue la liga antiesclavista»; y este pensamiento del Sr. Sorela podría enlazarse con el proyecto del Sr. Ferrazón acerca de los medios que han de emplearse para estrechar los lazos de fraternidad que deben existir entre España y las repúblicas sudamericanas donde se habla la lengua de Cervantes.

—Pues ten la seguridad de que todas estas ideas, verdaderamente útiles, de los señores Balart y Ferrazón, acerca del grandioso monumento con que se debía conmemorar en la capital de España el descubrimiento del Nuevo Mundo; del Sr. Moguel tratando de evitar que Huelva destruya la legítima representa-



eión histórica que Sevilla y Cádiz deben tener en el Centenario, y de D. Luis Sorela procurando que se aprovechen las próximas solemnidades para realizar un fin humanitario, serán por completo desatendidas, y el Ayuntamiento de Madrid sustituirá monumentos imperecederos, con fuegos artificiales que duran media hora; y proyectos humanitarios de protección á los infelices esclavos, con fiestas taurinas en que sólo se protege á los esclavos... de sus culpas, esto es, á los señores ó burgueses que saben brujulear...

—Es el caso que hemos perdido el tiempo en hablar de proyectos que no han de realizarse, y tenemos sobre la mesa varios libros que reclamaban nuestra atención.

—Es cierto. La joven y bella duquesa de Berwick y de Alba ha publicado un libro que se titula: *Autógrafos de Cristóbal Colón y papeles de América*, en que se hallan coleccionados documentos de gran interés histórico, puesto que algunos de ellos han de contribuir á la resolución de puntos referentes á la biografía de Colón, que hoy dan motivo á muy apasionados debates. De este asunto trataremos con detenimiento en nuestra próxima *Crónica dialogada*.

—También merece que le consagremos algún espacio, siquiera sea para rebatir sus apreciaciones acerca de la leyenda colombina, el estudio biográfico de Martín Alonso Pinzón que ha publicado nuestro querido amigo don José M. Asensio.

—Así lo haremos, si Dios nos da vida y salud, como decían nuestros mayores; porque es doloroso que el Sr. Asensio ponga al servicio de una causa, que cada día que pasa pierde terreno entre las gentes ilustradas, las dotes de su claro talento y de su copiosa erudición. Haremos todo lo que nos sea posible para separarle de tan mal camino.

—Nuestro amigo Asensio ha creído que la

novela histórica que publicó Washington Irving con el título de *Vida y viajes de Cristóbal Colón*, era una verdadera biografía del descubridor del Nuevo Mundo; y aun cuando en los escritos de Navarrete, Humboldt, Las Casas, el cura de los Palacios, Oviedo, Angleria, y hasta los de D. Fernando Colón, se hallan datos y razonamientos que echan por tierra casi toda la fantástica relación del poeta norteamericano, persiste en su creencia; y esta obsesión que ejerce Irving en el espíritu nada vulgar del erudito escritor andaluz, produce no pequeño disgusto en el ánimo de sus buenos amigos Cesáreo Fernández Duro, tú y yo, ó yo y tú, que en este caso es lo mismo.

—Ya hablaremos más despacio de los libros de la duquesa de Alba y del Sr. Asensio en nuestra próxima *Crónica dialogada*; porque ahora aún tenemos que decir algo de una obra que ha comenzado á publicarse en la *Biblioteca clásica*; obra que es acaso, y sin acaso, la mejor historia del descubrimiento de las Indias Occidentales, que hasta el presente se ha escrito.

—Ya me figuro que quieres que examinemos, aunque sea á la ligera, el libro que escribió el célebre Alejandro de Humboldt con el título de *Examen critique de l'histoire, de la géographie du nouveau continent et des progrès de l'astronomie nautique dans le XV<sup>e</sup> et XVI<sup>e</sup> siècles*, cuya primera parte ha traducido al castellano nuestro querido amigo D. Luis Navarro para que vea la luz en la *Biblioteca clásica*.

—Así es, en efecto. El Sr. Navarro presta un verdadero servicio á la historia del descubrimiento del Nuevo Mundo popularizando, con su traducción, la única obra en que se tratan científicamente las múltiples cuestiones de náutica y cosmografía que surgen necesariamente al estudiar con detenimiento los viajes marítimos y los descubrimientos geográficos de Cristóbal Colón. Comparadas con la obra

de Alejandro Humboldt las biografías del Almirante escritas por Lamartine y Roselly de Lorgues, y aun la de Wáshington Irving, parecen juegos de niños, creaciones de la fantasía, que poco ó nada tienen que ver con los concienzudos trabajos que producen la crítica severa y la erudición histórica.

—¿Y cómo, valiendo tanto esta obra de Humboldt, yacía en el olvido y sólo era conocida por algunos aficionados á los estudios históricos?

—En primer lugar, porque en su título no aparecía el nombre de Cristobal Colón, en que la generalidad de las gentes, con bastante ó en bastante motivo, hallan la suma y compendio de todas las glorias que resplandecen en el descubrimiento del Nuevo Mundo.

—Este defecto lo ha corregido el Sr. Navarro en su traducción, poniéndola como primer título: *Cristobal Colón y el descubrimiento de América*, y conservando como segundo título el que le dió su autor. Y también el traductor ha enmendado otro defecto que causaba no poca fatiga en los lectores del libro de que ahora tratamos; á saber, la falta de división en capítulos, que convertían en relato confuso lo que hoy aparece con la natural distinción de asuntos, que el Sr. Navarro ha clasificado con tino y buen criterio.

—Resulta de todo lo dicho que la obra de Humboldt debe leerse por todos los que aspiran á saber algo verdaderamente científico acerca de la historia del descubrimiento del Nuevo Mundo; y resulta también...

—Que aquí termina hoy nuestra *Crónica dialogada*, no sin felicitar antes á nuestro amigo Luis Navarro por la feliz idea que ha tenido al traducir al castellano la notabilísima obra histórica de Alejandro de Humboldt.

4 Septiembre, 1892.

VI

Coincidencia de dos ideas nuestras con las de los señores Menéndez Pelayo y Balart.—El último libro de la duquesa de Alba y los juicios acerca de este libro de los señores don Jacinto Octavio Picón y D. José Gutiérrez Abascal.

—Estamos de enhorabuena, dije á Magín Vera.

—¿Por qué? me preguntó.

—Hemos dicho en estas *Crónicas dialogadas* que ahora no debía celebrarse ni el Centenario de Colón, como vulgarmente se dice, ni el Centenario del descubrimiento de América, sino el Centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo; y en el número 20 de la revista titulada *El Centenario* dice el docto y erudito escritor D. Marcelino Menéndez y Pelayo: «No es realmente el Centenario de Colón lo que se celebra, sino el descubrimiento total del Nuevo Mundo, y aun si se quiere el conjunto de la grande obra colonial de castellanos y portugueses, ora se haga arrancar de los descubrimientos y sublimes adivinaciones del infante D. Enrique, ora, como otros quieren, de la primera ocupación de las islas Canarias.»

—¿Y qué deduces de las palabras del señor Menéndez y Pelayo?

—Lo que claramente significan: que el docto catedrático de la Universidad de Madrid piensa como nosotros, esto es, que se ha empequeñecido la conmemoración secular del 12 de Octubre de 1492, diciendo Centenario de Colón ó del descubrimiento de América, cuando lo que se debía decir es Centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo, ó sea Centenario del descubrimiento de América y Oceanía. Y grande es mi satisfacción al ver que las ideas del Sr. Menéndez Pelayo acerca del nombre

que debía darse al próximo Centenario, coinciden con las mías; como también fué para mí muy satisfactorio que el ilustre crítico Federico Balart, en su artículo *A lo hecho, pecho*, dijese que, en vez de los monumentos de Palos, La Habana, Barcelona y Granada, se debía haber hecho en Madrid un colosal monumento que conmemorase las glorias de España y de Colón, idea en lo esencial conforme con la que nosotros habíamos expuesto en las columnas del número de LA ILUSTRACIÓN NACIONAL, correspondiente al 16 de Agosto del corriente año (1892).

—Supongo que no te figurarás que Menéndez Pelayo y Balart se han inspirado en nuestras *Crónicas dialogadas*...

—Ni tal cosa me figuro, ni puedo figurármela, puesto que si bien es cierto que nosotros en las columnas de LA ILUSTRACIÓN NACIONAL, al empezar nuestra tarea de cronistas (número del 26 de Julio de 1892), dijimos que lo que ahora se debía celebrar es el Centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo, el artículo del Sr. Menéndez Pelayo en que se dice lo mismo, llegó á la redacción de la Revista donde se ha publicado, remitido por su autor desde Santander, en los mismos días ó muy poco después de ver la luz nuestra primer *Crónica dialogada*; y respecto al Sr. Balart, su artículo *A lo hecho, pecho*, apareció en *El Imparcial* del lunes 15 de Agosto de 1892, y nuestra *Crónica*, aunque escrita el 12 de Agosto é inmediatamente impresa, no se publicó hasta el día 16 del dicho mes y año. Precisamente yo te decía que estábamos de enhorabuena, porque sin ponernos de acuerdo, sin que nadie copie lo que nosotros decimos, ni nosotros tampoco copiemos lo que otros dicen, nuestras ideas coinciden con las que han expuesto escritores de tan justo y merecido renombre como Marcelino Menéndez y Federico Balart.

—En cambio otros escritores te arremeten con

tal furia, que parecen hijos ó parientes muy cercanos del mismísimo Cristobal Colón, según lo á pecho que toman la conservación de su limpia fama y esclarecido renombre.

—Es cierto; acabo de leer un artículo de nuestro amigo Jacinto Octavio Picón, publicado en *El Correo* del día 2 del actual mes de Septiembre, en que, al tratar del último libro de la duquesa de Alba, dice que «publicistas de cuarta clase, literatos sin nombre y oradores sin auditorio, han comenzado á llenar páginas y ensartar discursos para demostrar que Cristobal Colón fué un hombre vulgar, que la idea de buscar las Indias por el camino de Poniente no fué suya, que se aprovechó de estudios ajenos, y hasta que no entendía la aguja de marear.» Y después añade: «Aquí han querido convencernos de que fué un marino vulgar; en Roma no han querido canonizarle porque tuvo amores con una judía. Tarea inútil... Las personas verdaderamente ilustradas no se dan descanso en recabar documentos olvidados para probar que Colón fué un hombre extraordinario. Entre estas gentes ilustradas merece un puesto de honor la duquesa de Alba.»

—Y tú, publicista de cuarta clase, literato sin nombre y orador sin auditorio, ¿qué contestas á lo que dice el Sr. Picón?

—Contesto, en primer lugar, que de las 55 conferencias que se han dado en el Ateneo de Madrid, sólo en seis se han censurado los defectos de Cristobal Colón como gobernante y como hombre, por ser necesario hacerlo así para defender la honra de España, inicua y mancillada en la leyenda colombina. Los autores de estas seis conferencias son: la insigne escritora Emilia Pardo Bazán, que expresamente reclamó la parte de impopularidad que la correspondiese por estar de acuerdo con los censores de Colón; el respetable jefe del partido conservador, D. Antonio Cánovas del

Castillo, tan competente en Historia, como sabemos todos los aficionados al estudio de esta ciencia, que dijo:

«Algo le falta al hombre que no acierta á formar ningún amigo... Al cabo y al fin, mal que pese á la vil envidia, siempre despierta el superior mérito en algun inquebrantable respeto, entusiasmo, y hasta amor leal y hondo. ¿Halló adhesiones tales, pocas ni muchas, Colón entre los que le siguieron al descubrimiento ó vivieron bajo su gobierno civil y político?... ¿Cómo es que, sustituido ya Bobadilla, y gobernando la isla el pacífico Comendador de Lares, todavía hubo que ver darle el desembarco allí, por miedo de que su sola presencia perturbase la paz? Y si faltó absolutamente toda razón en lo que Bobadilla hizo, ¿cómo es que los Reyes se dieron de él por bien servidos, como afirma un historiador inédito... y quien quiera puede ya leer en la historia bien impresa de Bernáldez? Todavía aludiendo á la muerte de Bobadilla, dijo este constante admirador de Colón, que era aquel juez muy gran caballero y amado de todos. *Amado de todos*, ¿lo entendéis? ¿Es á saber, lo que nadie, que yo sepa, dijo entonces del gran Colón?»

—Pero todo lo que estás diciendo no invalida las censuras del Sr. Picón á los que han dicho que Colón era un marino vulgar, que la idea de buscar las Indias por el camino de Poniente...

—Como nadie ha dicho lo que supone el señor Picón, no es posible defender tales afirmaciones anticolombinas; porque el Sr. Fernández Duro, en sus conferencias *Primer viaje de Colón y Amigos y enemigos de Colón*, se limitó á demostrar que es injusto el calificativo de *desertor* con que se quiere manchar la gloria de Martín Alonso Pinzón, y que en materia de relaciones personales, como ya había dicho el Sr. Cánovas del Castillo, nadie tiene razón

nunca contra cuantos le tratan; y, por lo tanto, el grandísimo número de enemigos que tuvo Colón, no es indicio favorable para opinar bien de su carácter moral.

—Pero ¿y tus conferencias?

—En mis conferencias *Colón y Bobadilla y Colón y la ingratitude de España*, yo me limité á decir que nuestra patria no había sido ingrata con Cristobal Colón: y para sostener la verdad de mi tesis no tuve necesidad de rebajar ni lo más mínimo el mérito del descubridor del Nuevo Mundo, considerado como sabio astrólogo, cosmógrafo que hoy diríamos, y valerosísimo navegante. Resulta, pues, que mi amigo Picón, cuyas notables novelas leo yo siempre con deleite, sin duda alguna no conoce las conferencias del Ateneo y ha pensado que allí se han dicho los dislates que tal ó cual oyente poco culto ha ido contando en cafés, tertulias, ó en los pasillos de los teatros. No, amigo Picón: yo le ruego á usted que lea las conferencias del Ateneo, y verá que nadie ha dicho lo que á usted le han contado.

—¡Hablas con Picón como si le tuvieses aquí presente!

—Y seguiré haciéndolo así, y diciéndole, para que lo lea cuando se imprima nuestro diálogo en las columnas de LA ILUSTRACIÓN NACIONAL: no, amigo Picón, no crea usted que es tarea inútil, como usted dice, la que han hecho en el Ateneo la señora Pardo Bazán y los señores Cánovas del Castillo y Fernández Duro, contribuyendo á destruir la leyenda colombina, en lo que tiene esta leyenda de deshonrosa para España; y respecto al libro de la duquesa de Alba que usted alaba, porque supone que es un monumento elevado á la gloria personal de Colón, he de manifestarle que precisamente ha dado la Duquesa una muestra de severa imparcialidad publicando documentos que perjudican bastante á la buena memoria de Cristobal Colón, á pesar de los lazos de parentesco



que existen entre la casa de Alba y el primer Almirante de las Indias, cuyo hijo D. Diego se casó, como es sabido, con doña María Alvarez de Toledo, sobrina carnal del duque de Alba, en el año de 1508.

— Es cierto. La duquesa de Alba conoce, sin duda, que no puede aspirar al lauro de historiador quien no sepa censurar á los amigos y alabar á los enemigos, cuando la justicia así lo demande; y en la esfera en que hasta ahora ha empleado su laboriosidad é inteligencia, sigue esta regla, publicando documentos en que no siempre resulta enaltecida la gloria de sus antepasados. Así, D. Diego Hurtado de Mendoza, en su historia de la *Guerra de Granada*, sabía alabar á los moriscos rebeldes y condenar los desafueros y las faltas de los caudillos y de los magnates castellanos, siendo muchos de éstos sus próximos parientes.

— Los dos libros de la duquesa de Alba son monumentos levantados en honor de la verdad histórica, que vale más, mucho más, que la gloria de héroes nunca perfectos, porque ni aun los santos lo son. fuera de la moral en que su perfección se juzga y aquilata.

— Para elogiar, como se lo merece, á la duquesa de Alba, y poner término á este diálogo, repetiré lo que ha escrito el ingenioso cronista de salones *Kasabal* (José Gutiérrez Abascal) en *La Correspondencia de España*. Dice mi buen amigo Kasabal:

«Cuantos conocen á la joven y hermosa dama que salió, siendo casi una niña, del palacio de Cervellón para dar nuevo timbre á los nobles blasones de los Berwick y los Albas, que ostentan la divisa de la corona de Inglaterra, saben que sus joyas favoritas son las perlas, que con rara habilidad ensarta en los hilos que forman los ricos collares con que se engalana. De esta afición ha nacido, sin duda, la de buscar perlas históricas, y á ella debe-

mos el libro de documentos que publicó el año pasado, obteniendo tan justo como merecido éxito, y el de *Autógrafos de Cristóbal Colón y papeles de América*, que es una de las galas del Cuarto Centenario del descubrimiento de aquellas hermosas tierras, por las que se extendió la gloria y el nombre de España.

»La elección de los documentos, el orden de su publicación, las notas que los ilustran, todo el libro revela la inteligencia de la señora Duquesa, que en el esplendor de la juventud y de la belleza, y cumpliendo de un modo admirable sus deberes de madre, y á los que le obliga su posición de gran dama, encuentra tiempo para encerrarse en el rico archivo de su ilustre casa y salvar del olvido lo más importante y curioso que allí se encierra.

»Tratándose de cosas de América, no hay que ir muy lejos para decir que vale un Perú esta Duquesa.»

11 Septiembre, 1892.

## VII

Discurso inaugural de las conferencias americanistas del Ateneo de Madrid, por el Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

Hoy no hacemos en forma de diálogo nuestra *Crónica* del Centenario, dije á Magín Vera.

—¿Por qué? me preguntó.

—Porque vas á oír un artículo que he escrito acerca del discurso que pronunció el presidente del Consejo de Ministros, D. Antonio Cánovas del Castillo, para que sirviera de introducción á las conferencias americanistas del Ateneo de Madrid.

—Soy todo oídos.

—Pues escucha.

Llevaba el autor de estas líneas la charretera de subteniente alumno de artillería cubriendo su hombro izquierdo—esto sucedía hace ya algunos años,—cuando leyendo en uno de los volúmenes que forman la colección del *Semanario Pintoresco* llamó su atención unos artículos que se titulaban: *Breve reseña del estado que alcanzan las ciencias históricas en España, y apuntes críticos sobre las obras de este género nuevamente publicadas*. Estos artículos comenzaban en la forma siguiente:

«Ninguno de los ramos diversos de la literatura señala tan fijamente como la Historia el punto de grandeza á que una nación es llegada, y las esperanzas que ofrece su porvenir. Pueden los pueblos ser ricos en poesía cuando su estrella política esté eclipsada; pueden levantarse también á grandes abstracciones filosóficas cuando corran turbias las fuentes del agradecimiento nacional; pero es locura pensar que allí donde la Historia no se cultiva broten pensamientos altos y generosos, ni que mantenga hondos sentimientos de patria el pueblo que sólo conoce la suya por lo que dicen de ella los extranjeros. Calderón pudo hallar inspiraciones para su musa, aun viviendo entre el polvo envilecido de Villaviciosa y de Rocroy: Pulgar, Mariana y Mendoza y no hubieran escrito en otra época que en aquella de Ceriñola, de Muhlberg y de San Quintín.

»Por eso, cuando alguna vez hemos llevado nuestra mente á contemplar la desventura de los tiempos que alcanzamos, nada nos ha causado mayor desconsuelo que el ver cuán olvidada anda la historia nacional, y que si algo de ella aprendemos, viene de fuentes extrañas. No tiene porvenir de gloria la mísera generación que desdeña los recuerdos gloriosos de sus padres, ni será nunca *nacionalidad independiente* aquella que funda sus tradiciones, en el

enojo unas veces, y otras en la compasión afrentosa de otros pueblos. Leyendo únicamente traducciones y apreciando los hechos históricos por el criterio protestante, que combatieron nuestros padres dos siglos enteros, ó bien por el prisma de la soberbia francesa, que mantuvieron nuestras banderas en humillación durante tantos años, hemos llegado á ser extranjeros en nuestra propia patria, y cada pensamiento que se desprende de nuestra inteligencia, cae como una maldición sobre los restos venerables de nuestra nacionalidad y de nuestra gloria.»

Al concluir de leer los párrafos que ahora he copiado, busqué la firma del artículo, y ví que decía: Antonio Cánovas del Castillo. ¿Qué era entonces el actual jefe del partido conservador? Un joven, de poco más de veinte años, que hacía sus primeras armas en el campo literario y mostraba ya sus aficiones al estudio de la Historia, y su sagacidad de crítico al señalar el origen frecuente de la mayor parte de los errores que ennegrecen las páginas de nuestra Historia nacional.

La verdad en la ciencia, por sí misma se autoriza; y aunque el nombre del Sr. Cánovas del Castillo era aún poco conocido, yo leí y releí sus artículos, porque desde luego me pareció acertadísima idea la de rehacer la Historia de España, recurriendo á las primitivas fuentes de conocimiento, y no aceptando, sin minucioso análisis, lo que nos han contado los autores extranjeros de la tiranía de nuestros reyes, del fanatismo de nuestros clérigos, de la ignorancia de nuestros sabios y de la crueldad de nuestros conquistadores.

Como en los primeros años de la juventud las ideas se fijan en la mente con extraordinaria energía, quizá los elocuentes párrafos con que empezaba sus artículos del *Semanario Pintoresco* el Sr. Cánovas, contribuyeran á que andando el tiempo secundase yo, en la medida

de mis débiles fuerzas, la tarea emprendida por D. Gumersindo Laverde, que tenía por objeto restaurar la historia de la filosofía española, tarea que se consideraba como imposible por los que decían que en España nunca habían existido filósofos, ni mucho menos filosofía con carácter propio y nacional. La portentosa erudición de mi amigo D. Marcelino Menéndez y Pelayo ya ha convencido hasta á los más refractarios, de que no se equivocaba D. Gumersindo Laverde, ni yo que seguí sus huellas, al afirmar que habían existido filósofos españoles y filosofía nacional, hasta donde la ciencia puede ser nacional, en la patria de Raimundo Lulio y de Averroes, de Maimónides y de Luis Vives.

Ya en el último tercio de la vida, los recuerdos de días más felices apartan mi atención del propósito que ahora guía mi pluma, y fuerza es encauzar el pensamiento para impedir que del todo se extravíe, atraído por aquella dulce melancolía que hizo exclamar á Jorge Manrique:

¡Cómo á nuestro parecer  
Cualquiera tiempo pasado  
Fué mejor!

—

Era la noche del 11 de Febrero de 1891. Ocupaba el sillón de la cátedra del Ateneo de Madrid el entonces presidente de esta asociación científico-literaria, D. Antonio Cánovas del Castillo, que se había encargado de pronunciar el discurso inaugural de las conferencias referentes á la Historia del descubrimiento, conquista y población del Nuevo Mundo, con que el Ateneo se proponía contribuir á la conmemoración secular del 12 de Octubre de 1492, fecha gloriosa entre las más gloriosas de las que registran los fastos de la civilización del género humano. El tema del discurso que había de pronunciar el Sr. Cánovas del Castillo era: *Cri-*

terio histórico con que las distintas personas que en el descubrimiento de América intervinieron, han sido después juzgadas. Sólo el enunciado de este tema, ya indicaba con claridad que el presidente del Ateneo conocía las dos principales agrupaciones en que pueden considerarse divididos los historiógrafos que en sus obras han tratado del descubrimiento del Nuevo Mundo, usando cada una de estas agrupaciones un criterio histórico, no sólo distinto, sino diametralmente opuesto.

La primera de estas agrupaciones, siguiendo el orden cronológico, está formada por los cinco primeros cronistas de Indias, el bachiller Andrés Bernáldez, el capitán Fernández de Oviedo, el P. Las Casas, Pedro Mártir de Angleria y el clérigo Francisco López de Gómara. Como compilador de lo dicho por estos escritores aparece el cronista Antonio de Herrera; como crítico y erudito colector de documentos históricos, D. Martín Fernández de Navarrete, y como representantes de esta misma agrupación en los días que hoy corren se pueden considerar á los PP. Ricardo Cappa y Fidel Fita, de la Compañía de Jesús, y á los doctos americanistas D. Cesáreo Fernández Duro, D. Marcos Jiménez de la Espada y D. Justo Zaragoza. De escritores extranjeros sólo un nombre se puede citar, Alejandro de Humboldt, que en su *Examen crítico de la historia de la geografía del Nuevo Continente* (1), se conserva fiel á lo que podría llamarse *criterio español* en la historia del descubrimiento del Nuevo Mundo.

(1) Esta excelente obra histórica la publica en la actualidad, traducida al castellano, mi amigo D. Luis Navarro, con el título de *Cristóbal Colón y el descubrimiento de América*. Dice Menéndez y Pelayo que el *Examen crítico* de Humboldt es, hasta la fecha, *libro casi solitario*, por el género y valor de sus investigaciones científicas. En cambio, los críticos que siguen el criterio extranjero, ó antiespañol, dicen que el nuevo Aristóteles de los alemanes, Alejandro de Humboldt, presenta en su libro á Cristóbal Colón como

La otra agrupación de historiadores reconoce como guía ó jefe al hijo natural del primer Almirante de las Indias, D. Fernando Colón, que escribió una apasionadísima apología de su padre, traducida al italiano por Alfonso de Ulloa y publicada en 1571. Esta obra pseudo-histórica ha sido considerada por Wáshington Irving como la piedra angular de la biografía de Colón y aun de la historia del descubrimiento de América, y así sucede, en efecto, escribiendo esta historia, con lo que también podría llamarse *criterio extranjero*, que es el que siguen Robertson, Campe, Raynal, Bossi, Prescott y el mismo Irving en su *Vida y viajes de Cristóbal Colón*. *Criterio extranjero* que en sus exageraciones produce las novelas históricas de Lamartine y Roselly de Lorgues (1), que algunos espíritus candorosos aceptan como biografías de Cristóbal Colón. *Criterio extranjero* que por desgracia ha influido, y no poco, en mi buen amigo el Director de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, D. José María Asensio, al escribir la vida de Colón, con gran lujo publicada por un editor barcelonés.

Desde el comienzo de su discurso demostró

«un monstruo de vicios, disimulado, ignorante, engañador, lleno de doblez, hipócrita, fanático, envidioso, adúltero é ingrato.» Así maltratan al sabio Alejandro Humboldt los críticos antiespañoles, como puede verse en la pág. 55 del *Homenaje á Cristóbal Colón*, por el señor conde de Sol (Madrid, 1892).

(1) En un notabilísimo artículo de D. Marcelino Menéndez y Pelayo, que se titula *De los historiadores de Colón con motivo de un libro reciente*, publicado en *El Centenario*, se juzga con mucho acierto á los biógrafos colombinos antiguos y modernos. En este artículo dice el Sr. Menéndez y Pelayo: «Sobre el libro de Navarrete (la *Colección de los viajes*), trabajaron con distintos propósitos Irving y Humboldt, sin contar otros más recientes y menos ilustres, uno de ellos el fanático charlatán Roselly de Lorgues, que ha llevado su audacia hasta el extremo de vilipendiar feamente al sabio laborioso y modesto que le dió reunidos todos los materiales que él ha estropeado en su fantástica biografía, escrita al gusto de las beatas mundanas y de los caballeros andantes del legitimismo francés.»

el señor Cánovas que conocía bien los términos en que está planteado el problema histórico acerca del criterio con que han de ser juzgados los dos pueblos peninsulares, Portugal y España, en la época del descubrimiento del Nuevo Mundo. A nadie sorprendió que al resumir lo que en su discurso había expuesto, dijese:

«Una aspiración propia debemos tener por unánime y principal objeto los españoles: desagrar de notorias injusticias á nuestra raza, indudablemente digna de Colón, de su genio y de su hazaña. Si nosotros entonces no hubiéramos podido hallar mejor caudillo, porque el mundo no lo ha logrado, que aquel genovés gloriosísimo, tampoco á él le habría de seguro prestado ninguna gente mejor ayuda, ni hubiera proseguido su empresa heroica con más perseverancia, inteligencia y denuedo.»

El criterio extranjero había juzgado á España como desconocedora del genio de Colón en un principio, y después como cruelísima é ingrata, porque había dejado morir en la miseria al insigne descubridor de las Indias Occidentales. El Sr. Cánovas niega tan absurdas afirmaciones diciendo que hay que desagrar á nuestra raza, porque ninguna gente hubiese prestado mejor ayuda al gran descubridor que los heroicos hijos de la Península Ibérica.

El rey D. Fernando el Católico fué siempre solapado enemigo de Colón, según unánime voto de los historiadores extranjeros, capitaneados por D. Fernando Colón; pero el señor Cánovas no participa de semejante opinión, y dice, con gran acierto, que hay que buscar en otras causas que la informalidad y la supuesta perfidia de D. Fernando, el origen de las desdichadas diferencias que surgieron entre los Reyes Católicos y el primer Almirante de las Indias; y después de demostrar que el pacto de Santa Fe en su parte política no se podía cumplir, dice:

«Pero ¿qué relación tiene nada de esto con



la supuesta ingratitud y perfidia de D. Fernando el Católico? Los escándalos de Santo Domingo, certísimos, no los provocaron, sin duda, sus actos ni disposiciones, sino el haberse antes pactado lo imposible. Semejantes conflictos sobrevinieron á su pesar, con tal estrépito y consecuencias tan peligrosas, que hubo que intervenir por fuerza en ellos, hasta por invitación de Colón mismo, que llegó á pedirle en suma un juez pesquisidor.»

Del grupo de historiadores extranjeros antes mencionado, salen voces que califican de *desertor* á Martín Alonso Pinzón, y de *infame* á Francisco de Bobadilla; pero la erudición y el patriotismo del Sr. Cánovas del Castillo no aceptan sin examen tan injuriosos calificativos, y después de relatar la parte importantísima que tomaron los Pinzones en los preparativos del famoso viaje emprendido el 3 de Agosto de 1492, dice:

«No he de entrar aquí en el análisis de los cargos que D. Fernando Colón, principalmente, dirigió á Martín Alonso. Demos que algunos de ellos sean fundados; pero cuando nadie negó en su época que el mando del grande Almirante en Santo Domingo fuese desacertadísimo en gran manera por su carácter altanero y receloso, ¿hay derecho para echar toda la culpa de las desavenencias al celeberrimo piloto español? (1) Si este último tenía conciencia de que sin él ni aun siquiera se habría iniciado la expedición, cuanto más llevado á cabo, ¿no habría eso de modificar en algo la absoluta y ciega dependencia de jefe á subordinado, que reclamáramos hoy de cualquier capitán

(1) Se enemistaron y procedieron mal con el Almirante, según sus panegiristas, el rey D. Juan de Portugal, el doctor Calzadilla, Martín Alonso Pinzón, el rey D. Fernando el Católico, Juan de Aguado, el obispo Fonseca, Jimeno de Briviesca, Francisco Roldán, Alonso de Ojeda, el P. Bernardo Buil, el general Mosén Pedro Margarite ó Margarit, los comendadores Bobadilla y Ovando, D. Hernando de Guevara, Adrián Mójica, Francisco de Porras y un hermano suyo,

de navío respecto á su Almirante? ¿No fueron más bien consocios, en verdad, aunque con hartos distintas esperanzas de lucro, aquellos dos hombres, que no soldados ó marineros jerárquicamente unidos por rigurosa disciplina militar?»

No con menos acierto se niega el Sr. Cánovas á formar en el coro de los detractores del comendador Francisco de Bobadilla, recordando que aun después de su hoy tan censurada conducta como juez pesquisidor, «el entusiasta amigo, huésped y panegirista de Colón, Andrés Bernáldez, más conocido por el Cura de los Palacios, le apellidó á boca llena noble y virtuoso, con ocasión de referir su desastroso naufragio.» Y añade el Sr. Cánovas, tratando del proceso y encarcelamiento de Colón:

«Triste, tristísimo fué el caso; duro estuvo con él Bobadilla, que debía de ser jurista, pues obró con el desenfado singular de los de su época, que no conocían respetos sino para el Rey. Con eso y todo, el incontrastable testimonio de Bernáldez demuestra que no se le reputó en España injusto, ni mucho menos prevaricador.»

Hay que advertir que esta aseveración del Sr. Cánovas se halla también confirmada en los escritos históricos de Angleria, Oviedo, López de Gómara y Alejandro de Humboldt; y que en los días que hoy corren, D. Emilio Castelar ha dicho que yerran torpemente los que atribuyen á pueriles vanidades lo hecho por Bobadilla en la isla Española, porque el comendador de Calatrava, haciendo lo que hizo, creyó servir á su patria, «con un verdadero es-

Pedro Riquelme, los cuatro frailes franciscanos que fueron á la Española de orden del cardenal Cisneros, y no recuerdo si algunas otras personas eclesiásticas ó seglares. Observando las numerosas enemistades de Cristóbal Colón, dijo D. Antonio Cánovas del Castillo, en su discurso, con atinado juicio «que en materia de relaciones personales nadie tiene razón nunca contra cuantos le tratan.»

fuerzo y un enorme sacrificio.» El presbítero D. Miguel Mir, justificando el proceder de Bobadilla, ha escrito que Colón, en su gobierno de la Española, *arrastró por el suelo la autoridad real que representaba, y abusó de su oficio para acciones riles y perversas* (1); y no es necesario recordar la defensa de Bobadilla, tan brillantemente hecha por el padre Ricardo Cappa, de la Compañía de Jesús, en su notable libro: *Colón y los españoles*. Así, el calificativo de *infame* que dió á Bobadilla en su mal llamada *Historia póstuma de Cristobal Colón* el conde Roselly de Lorgues, se ha trocado por otro muy distinto, al decir el inteligente periodista don Angel Stor en *El Heraldo de Madrid* (número del 16 de Septiembre de 1892) el *calumniado* Bobadilla, que al fin la verdad se abre paso en la Historia, cuyas sentencias, sólo llegarán á ser firmes cuando la raza humana termine su vida terrenal (2).

(1) Dice el Sr. Menéndez y Pelayo: «Entre los malos gobiernos coloniales, ha habido pocos *tan malos y desacertados como el de Colón* en la isla Española.» (Número 22 de *El Centenario*, artículo antes citado.)

(2) La señora duquesa de Berwick y de Alba, doña María del Rosario Falcó y Osorio, acaba de publicar una colección de documentos titulada *Autógrafos de Cristobal Colón y papeles de América*, en que dando muestra de severa imparcialidad histórica, ha insertado varios documentos que no enaltecen la memoria de Cristobal Colón, aun cuando existen lazos de parentesco entre la casa de Alba y la fundada por el primer Almirante de las Indias, cuyo hijo D. Diego casó en 1508 con una sobrina carnal del duque de Alba. Buen servicio ha prestado la bella y joven duquesa de Alba á la causa de la verdad histórica en el asunto de Bobadilla, dando á conocer en la pág. 39 de su libro un documento por el cual queda demostrado que Cristobal Colón, en 15 de Septiembre de 1500, se negó á obedecer una cédula de los Reyes Católicos, que delante de muchos testigos le comunicó el gobernador de la isla Española, Francisco de Bobadilla, cuya autoridad, según parece, de ningún modo reconocía. ¿Qué le tocaba hacer al representante de los Reyes Católicos, con el vasallo, así se decía entonces, que desacataba su autoridad?

Algunos otros documentos se hallan en el libro de la duquesa de Alba que pueden servir para vindicar la memoria del Rey Católico y del obispo Fonseca de las calumnias con que pretenden mancharla los panegiristas de Cristobal Colón.

La última trinchera de los historiadores extranjeros, cuya más conspicua representación tienen Irving, Lamartine y Roselly de Lorgues, se halla briosamente defendida, y dueleme decirlo, por mi querido amigo D. José M. Asensio, que en su vida de Colón ha escrito lo siguiente:

«No puede desconocerse que la cualidad de extranjeros perjudicó notablemente en todas sus relaciones, lo mismo al Almirante que á sus hermanos. Los honores concedidos á Colón; las altas investiduras que obtuvo; las prerrogativas anexas á los cargos que desempeñaba, le acarrearón gran número de envidiosos, que, incapaces de comprender su mérito y aun de admirar su gloria, sólo veían en él un extranjero, un advenedizo que, pobre y suplicante ayer á vista de todos, se igualaba hoy á la más alta nobleza de España, y oscurecía con su ciencia y su talento las más brillantes hazañas de que aquéllos se enorgullecían.»

Don Antonio Cánovas del Castillo refuta victoriosamente esta explicación de los disturbios que acontecieron en la Española, diciendo que Colón y sus hermanos salieron de nuestra primera colonia transatlántica *mal queridos de todos*; y después pregunta:

«¿Y cuál pudo, en suma, ser la causa, sino la que yo pienso, es á saber: el poco tacto, la violencia y la falta de dotes de mando que demostraron? ¿Sería sólo su calidad de extranjeros? Para soberanos les venía esto mal, sin duda, y ya lo he dicho; pero después de todo, ¿qué nación ha habido en el universo que con menos dificultad que la española se haya dejado regir por gente nacida en extrañas tierras? Los marqueses de Pescara y del Vasto, hijos de Nápoles, aunque de antiguo origen español; el condestable de Borbón, francés; Filiberto de Saboya, Alejandro Farnesio, Castaldo, Chapín Vitelli, Ambrosio de Espínola, Torrecusa, ¿no

eran tan extranjeros como los Colones? Pues fueron todos amadísimos de la ruda, tal vez feroz, y asimismo rapaz y viciosa gente, aunque no peor que la de otros países, sino propia de los tiempos, que á sus órdenes ejecutó tantas hazañas inmortales. Ninguno de los nombrados llegaba al mérito de Colón en cien leguas; pero así y todo, ¿no parece claro que hubieron de estar mejor organizados y preparados que él para el especial oficio del mando?»

Los panegiristas de Colón y detractores de España, ya en nombre de la filosofía, como Lamartine, ya en nombre de la religión, como Roselly de Lorgues, quieren que se declare infalible é impecable al descubridor de las Indias, y malvados sin redención posible al rey Fernando el Católico, á Pinzón y Bobadilla, al obispo Fonseca, en suma, á todos los que llaman enemigos de Colón, pero el Sr. Cánovas del Castillo recaba los fueros de la Historia diciendo:

«Y lo que le toca á ésta hacer es escudriñar todo, exponerlo todo, apuntarlo todo en cuenta, liquidándole á cada personaje su peculiar mérito y su responsabilidad respectiva; ni más ni menos (1). Mas he ahí, señores, lo que suena tan mal precisamente á los oídos de los que quisieran á Colón infalible; á los oídos de

(1) Dice el Sr. Menéndez Pelayo en el artículo ya repetidamente citado en estas notas: «No basta (como cándidamente creen algunos) repetir á cada paso que la gloria de Colón nos pertenece; que su nombre y el de España son inseparables, y otros tales rasgos enfáticos que de ningún modo pueden quitar el escozor y la amargura á los que formalmente estudian estas cosas, y saben que lo corriente y lo vulgar en Europa y en América, lo que cada día se estampa en libros y papeles, es que la gloria de Colón es gloria italiana, ó de toda la humanidad, *excepto de los españoles, que no hicieron más que atormentarle, y explotar inicua y bárbaramente su descubrimiento, convirtiéndole en una empresa de piratas. Esta es la leyenda de Colón, y esto es lo que hay que exterminar por todos los medios, y hacen obra buena los que la combaten, no sólo porque es antipatriótica, sino porque es falsa, y nada hay más santo que la verdad.*»

los que pretendan deducir del genio de un hombre la absoluta perfección de su carácter y de su manera de obrar; intentos ilógicos que conducen al absurdo.»

Y aun, recalcando el Sr. Cánovas su justa defensa de la libertad de investigación en la ciencia de la Historia, dice:

«Conviene... que se resigne el mundo á que no se sacrifique á interés alguno, por alto que sea, como tal cual espíritu desordenado pide, ninguna verdad demostrada por la Historia. Por de pronto en estas conferencias del Ateneo se respetará, á no dudar, todo lo que en realidad sea respetable; pero sin mostrar, así lo espero, en el rigor justo de la investigación y de las conclusiones, la menor flaqueza (1). Así es como por nuestra corporación se ha de conmemorar debidamente el inmediato y universal Centenario».

¡Qué bien suenan estas viriles palabras del Sr. Cánovas del Castillo al recordar las agudezas literarias que se han escrito en los periódicos censurando las conferencias americanistas del Ateneo de Madrid! Bien es cierto que ya en

(1) La recomendación que nos hacía el Sr. Cánovas del Castillo á los conferenciantes del Ateneo en las frases en el texto copiadas, fué cumplida fielmente. La insigne escritora Emilia Pardo Bazán dijo, en su conferencia *Los franciscanos y Colón*, que la vindicación de la honra de España que se hacía en el Ateneo, al señalar los defectos de Colón como gobernante era impopular «y yo sé que por aprobarla he de recoger mi parte de censuras. Las sumo á otras muchas que me lleva costado mi amor á la verdad y paso adelante.»

El marqués de Lema, en su conferencia *La Iglesia en la América española*, al ocuparse de los conflictos que surgieron entre el primer apóstol de las Indias, Fr. Bernardo Buil, y el gobernador de la Española, Cristóbal Colón, aceptando como verdad lo dicho por el cronista Oviedo y por el Padre Fidel Fita, señaló en los desaciertos del Almirante la causa de aquellos conflictos.

D. Cesáreo Fernández Duro, en su conferencia *Amigos y enemigos de Colón*, vino á repetir el concepto del Sr. Cánovas en la anterior nota copiado, *en materia de relaciones personales nadie tiene razón nunca contra cuantos le tratan.*

En la otra conferencia del Sr. Fernández Duro, *Primer*

el discurso que someramente analizo ha hablado el Sr. Cánovas de la *desdichada intervención de los meros literatos en la Historia*; añadiendo después:

«No, no es segura preparación la de inventar personajes novelescos ó dramáticos, aunque sean naturalistas al uso sus autores, para juzgar á los hombres, por Dios ó la casualidad encargados de gobernar á otros. De tal origen nacen los errores de biógrafos bien conocidos en quienes la pasión sectaria no hizo presa, tal vez, pero que han escrito sobre el descubrimiento y los descubridores de América, ya en uno, ya en otro sentido, sin buscar la verdad estrictamente. Quien inquietara en esto alusiones, las hallará de seguro. La bibliografía de Colón y del descubrimiento, preséntanlas á la memoria fácilmente.»

En efecto; pronto se recuerda que entre los biógrafos de Colón pertenecientes á la agrupación extranjera que mencioné al comenzar este escrito, aparecen Irving, calificado por Javier Eyma, de más poeta que historiador, y Lamartine, cuya fama de poeta lírico y novelista es universal. En cuanto á Roselly de Lorgues, con sólo haber escrito la *Historia póstuma de Cristobal Colón* (1) ya merece

*viaje de Colón*, y en las del autor de estas líneas, *Colón y Bobadilla* y *Colón y la ingratitude de España*, han señalado sus críticos, no flaqueza, sino exceso de rigor en sus conclusiones históricas.

Los conferenciantes panegiristas de Colón tampoco han mostrado flaqueza en la apología de su héroe favorito, si bien ninguno le ha proclamado santo, porque el rigor justo de la investigación no les ha consentido caer en tal absurdo.

(1) Sabido es que Roselly ha pretendido que se haga santo á Cristobal Colón, y el Sr. Cánovas dice muy atinadamente: «Para declarar santo á Colón, si acaso lo fuera, ¿había precisa necesidad de hacerlo también martir, difamando á muchos, sin los cuales, según las señas, jamás hubiera llevado á cabo su descubrimiento? ¿Es justo que se pretenda mermar su peculiar mérito á toda la nación constante y esforzada, que por cierto abrió luego al antiguo el nuevo continente, lo descubrió todo, ó casi todo en resumen, y con los ojos de Vasco Núñez de Balboa vió por vez prime-

un puesto entre los noveladores franceses de la edad contemporánea.

Si, como dice muy bien el Sr. Cánovas, es desdichada la intervención en la Historia de los *mercés literatos*, claro se deduce que el historiador, para serlo, debe de poseer conocimientos científicos, experiencia en los negocios públicos ú otras condiciones semejantes, entre las que exigen más ejercicio reflexivo del entendimiento, que vuelos y arrebatos de la fantasía poética. Así en el grupo antes por mí señalado de los verdaderos historiadores de la vida de Colón no se halla ningún *mero literato*. Clérigos son, esto es, teólogos, el licenciado Las Casas, el bachiller Bernáldez y Francisco López de Gómara; militar primero, sacerdote después y siempre cortesano hábil en

ra aquella parte del Océano, por donde, en efecto, era posible ir de Occidente á Oriente, visitando las regiones de que tan fantástica noticia dió Marco Polo, y que el inmortal Colón buscó, después de todo, en vano?

D. Marcelino Menéndez y Pelayo, en el artículo en otras notas citado, dice, hablando del proyecto de canonizar á Colón, «que esto y nada menos han pretendido *disparatadamente* Roselly y sus secuaces.»

El M. Rdo. P. Fr. José Coll, definidor de la orden de San Francisco, en su libro *Colón y la Rábida*, al tratar de la tan cacareada canonización ha escrito: «¡Mucho! ¡Como si en la Corte pontificia se comulgase con ruedas de molino!... Nosotros sabemos por boca de Monseñor Caprara, promotor de la Fe, que tiene motivos para estar enterado de ello cual ningún otro, que no sólo no se piensa en la Ciudad Eterna en beatificar á Colón, pero que ni siquiera se ha iniciado el proceso que debería en todo caso preceder á aquella beatificación.» Resulta que, según el M. Rdo. P. Fr. José Coll, sería preciso que en Roma se comulgase con ruedas de molino, para que fuese posible beatificar á Colón.

El canónigo lectoral de la Catedral de Madrid, doctor don Joaquín Torres Asensio, ha dicho en el prólogo de las *Décadas*, de Angleria, que nadie tiene derecho á hablar de la canonización de Cristóbal Colón más que la Iglesia, *la cual no ha dicho una palabra y parece probable que no la dirá nunca*.

Véase cómo juzgan el proyecto de canonizar á Colón del conde Roselly de Lorgues, los católicos españoles; porque católicos son los Sres. Cánovas del Castillo y Menéndez Pelayo y los presbíteros Fr. José Coll y el doctor Torres Asensio.



as artes de la política al menudeo, Pedro Mar-  
'ir de Anglería; militar, viajero y alto funcio-  
nario del Estado, como hoy se dice, Gonzalo  
Fernández de Oviedo; estadista, el elocuentí-  
simo orador Emilio Castelar; oficiales de la  
Armada durante su juventud, Navarrete, Fer-  
nández Duro y el P. Ricardo Cappa, y célebre  
como sabio naturalista, no como inspirado  
poeta, Alejandro de Humboldt, primer histo-  
riador extranjero que ha hecho justicia á Es-  
paña al tratar de las cuestiones que se susci-  
taron entre los Reyes Católicos y el Almirante  
de las Indias Occidentales.

De todo lo hasta aquí escrito creo yo que  
debe deducirse que el discurso inaugural de  
las conferencias americanistas del Ateneo de  
Madrid, pronunciado por el Sr. Cánovas del Cas-  
tillo, constituye una excelente monografía his-  
tórica, tan abundante en sana doctrina, como  
en exacto conocimiento de las cuestiones que  
hoy se debaten entre los panegiristas de Cris-  
tobal Colón, enemigos jurados de la honra de  
España, y los historiadores del descubrimien-  
to del Nuevo Mundo, que juzgan este asombro-  
so acontecimiento con el criterio español, usa-  
do en el siglo XVI por Bernáldez, Oviedo, An-  
glería, Gómara y hasta por el mismo Las Casas,  
que estuvo muy lejos de ver un varón lleno de  
virtudes en el Almirante de las Indias; criterio  
que ha seguido en el siglo actual el sabio don  
Martín Fernández de Navarrete al escribir el  
prólogo de su *Colección de los viajes y descu-  
brimientos*, y que por de pronto sólo fué acep-  
tado por un escritor extranjero, Alejandro de  
Humboldt, pero que ya parece acepta también  
el norteamericano Justino Wínsor y otros com-  
patriotas suyos.

Claro es que el Sr. Cánovas, en la noche  
del 11 de Febrero de 1891, por su posición de  
presidente del Ateneo y de la Academia de la  
Historia, y hasta por el cargo que ejercía, y si-  
gue ejerciendo, de presidente del Consejo de

Ministros, tuvo que guardar miramientos que le obligaron á no romper lanzas abiertamente con autores que aún viven y con mal acuerdo ponen por pedestal de la gloria de Colón el descrédito del Rey Católico, de Pinzón y de Bobadilla, del obispo Fonseca, del general don Pedro Margarit, del padre Buil y tantos y tantos otros españoles y portugueses á quienes maltratan D. Fernando Colón y sus imitadores; pero estas mismas circunstancias dan más valor á sus juicios, que ya están pasados por el crisol de la prudencia, y no enardecidos por el fuego de apasionada polémica.

Mucho, muchísimo más diría yo en elogio del discurso del señor Cánovas del Castillo, pero temo que se califique de lisonja al personaje político, al jefe del partido conservador, al cual no pertenezco, lo que sólo sería sincera expresión de lo que yo considero como merecida alabanza. A bien que las mejores coronas de los autores científicos se tejen con la exposición de sus ideas, y para los entendidos en la historia del descubrimiento del Nuevo Mundo, las apreciaciones del señor Cánovas, que textualmente he copiado, ponen en punto de evidencia méritos tan grandes y tan diferentes entre sí, que rara vez se hallan juntos en los autores de obras históricas.

Una advertencia á los lectores, para terminar. No se crea que el discurso del señor Cánovas del Castillo se reduce á una defensa de la honra de España, magistralmente hecha, que es el aspecto de este discurso que aquí he presentado; no por cierto. El señor Cánovas del Castillo, como Navarrete, como Humboldt, como el P. Cappa, no escatima los elogios que en justicia merece el descubridor de las Indias, considerado como sabio cosmógrafo y valerosísimo navegante. En el Centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo ocupa Cristobal Colón un puesto eminente. Así lo proclama en su discurso el señor Cánovas del Cas-

tillo, y así lo reconocemos todos, absolutamente todos los que para defender la buena memoria de Pinzón, ó del P. Buil, ó de Francisco Bobadilla, nos hemos visto obligados á recordar este axioma antropológico: el genio del hombre no implica la perfección en todas las esferas de la vida que están fuera de su peculiar índole.

29 Septiembre, 1892.

### VIII

La víspera de la conmemoración secular del descubrimiento del Nuevo Mundo.

—Hoy es la víspera, dije á Magín Vera, del día en que se cumple el cuarto Centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo. Si en Portugal y en España el nivel que señala el término medio de la cultura general de los pueblos hubiera sido tan elevado como lo requería la grandeza del hecho que se había de conmemorar, no con dianas, ni fuegos artificiales, ni bailes, ni banquetes, se solemnizaría tan grandioso acontecimiento, sino con una explosión de universal entusiasmo, con algo que estuviese tan fuera del orden común de las fiestas conmemorativas en otras ocasiones realizadas, como el descubrimiento del Nuevo Mundo es, humanamente hablando, el hecho que mayor y más beneficiosa influencia ha ejercido en el progreso de la civilización europea, que es, desde hace veinticinco siglos, la única civilización de las sociedades humanas.

—Ya que no sea posible infundir á los pueblos, contestó Magín Vera, cultura superior á la que han alcanzado mediante su propio esfuerzo, pueden los Gobiernos, en su amplia esfera de acción, y pueden las Academias lite-

arias, remediar en algo las deficiencias de la opinión pública, porque ley es de las muchedumbres pedir la libertad de Barrabás y la muerte de Jesús; pero el Gobierno y las clases directoras no deben limitarse á sancionar tan desatinada elección, y lavarse las manos como Poncio Pilato; que el pecado de omisión, pecado es, y algunas veces de los más graves.

—No me parece mal lo que dices; pero no hallo medio de contrarrestar la opinión del mayor número, en lo referente á lo que es y á lo que significa la celebración del próximo Centenario. Poetas y prosistas cantan la gloria de Colón, héroe y mártir de la envidia de los españoles, y es en vano que don Antonio Cánovas del Castillo, en la cátedra del Ateneo de Madrid, D. Juan Valera y don Marcelino Menéndez y Pelayo, en las columnas de la revista *El Centenario*, D. Emilio Castelar, en la *Historia del descubrimiento de América*, que acaba de publicarse, y la señora Pardo Bazán, y el P. Ricardo Cappa, y el Padre Fidel Fita, y el presbítero D. Miguel Mir, y el señor Fernández Duro, y el periodista Angel Stor y algunos otros escritores, procuremos destruir la fábula de la ingratitude de España con Cristobal Colón, porque la multitud nos arrolla gritando desaforadamente: «No hagáis caso de los envidiosos que quieren mermar la gloria de Colón, ya diciendo que ahora no se celebra su centenario, sino el del descubrimiento del Nuevo Mundo, ya defendiendo las iniquidades de que fué víctima el sublime *Almirante* á causa de la envidia de los españoles, ya llegando al extremo de sostener que el infame Bobadilla, que procesó y mandó poner grillos á Colón y á sus hermanos, no es un monstruo de iniquidad; porque si los Reyes Católicos le conservaron dos años en el gobierno de la isla Española y después aprobaron su conducta; si así pasaron las cosas, esto sólo probaría que los reyes doña Isabel y D. Fer-

nando eran tan *infames* como Bobadilla, y sin duda así lo pensaba el P. Las Casas, según puede verse en su *Historia de las Indias*, y así lo dice, sin ambages ni rodeos, el sabio Pedro Larousse en su *Gran Diccionario Histórico.*»

—Causa verdadero disgusto la lectura de la mayor parte de las composiciones en verso y prosa que se publican ahora con ocasión de solemnizar literariamente el cuarto centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo, llamado por muchos centenario del descubrimiento de América, como si la quinta parte del mundo, Oceanía, no formase parte de las que se llamaron en un principio Indias Occidentales; y aún más frecuentemente llamado, centenario de Colón, calificativo que reduce los límites del acontecimiento que se conmemora á los cuatro viajes del primer Almirante de las Indias, y así para nada tenemos que hablar del infante D. Enrique, iniciador de los descubrimientos marítimos, ni de Jaime de Mallorca, maestro de los navegantes portugueses, ni de Vasco de Gama, ni de Barolomé Díaz, ni de Fernando de Magallanes, ni de Juan Sebastián de Elcano ó del Cano, ni de Núñez de Balboa, ni de Hernando de Soto, ni de Vicente Yáñez Pinzón, ni de Solís, ni de Grijalva, ni de Mendaña, ni de Váez de Torres, ni de Quirós, ni de tantos otros navegantes y descubridores portugueses y españoles, que desde los comienzos del siglo XV hasta los del XVII llevaron á feliz término la magna empresa de dar á conocer *experimentalmente* la superficie y forma del planeta en que vivimos. En la historia de esta heroica empresa ocupa Cristóbal Colón puesto eminente y lugar de preferencia; pero la empresa de explorar la superficie del globo terráqueo, como toda obra colectiva, es, en primer término, gloria de la colectividad humana que la realiza; y así, los primeros héroes del descubrimiento del Nuevo Mundo, son

Portugal, que inicia, y España, que continúa y termina gloriosamente tan portentoso descubrimiento.

—¿Cómo te parece que terminemos esta *Crónica*?

—Rogando á los poetas y prosistas que tratan de escribir algo para solemnizar el Centenario que mañana se celebra, que lean, si antes no las han leído, las siguientes obras: *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV*, por D. Martín Fernández de Navarrete; *Cristobal Colón y el descubrimiento de América*, traducción de un libro de Humboldt, por D. Luis Navarro; *Colón y los españoles*, por el P. Ricardo Cappa, de la Compañía de Jesús; *Colón y Pinzón*; *Colón y la historia póstuma*; *Nebulosa de Colón*, y *Pinzón en el descubrimiento de las Indias*, por D. Cesáreo Fernández Duro; *Autógrafos de Colón y papeles de América*, publicados por la Duquesa de Alba, y la *Historia del descubrimiento de América* que acaba de publicar el eminente orador Emilio Castelar.

—Me parece que comprendo la intención con que recomiendas las obras que acabas de citar, y en este caso te olvidas de recomendar también la lectura de los números del *Nuevo Teatro Critico*, en que Emilia Pardo Bazán ha tratado de la cuestión colombina; del discurso inaugural de las conferencias americanistas del Ateneo, del Sr. Cánovas del Castillo; de los artículos que han publicado en *El Centenario* el presbítero D. Miguel Mir y el ilustre escritor Marcelino Menéndez y Pelayo; del prólogo que ha puesto el canónigo D. Joaquín Torres Asensio á su traducción de la obra de Pedro Mártir de Angleria; de los escritos del P. Fidel Fita, de la Compañía de Jesús, en defensa del P. Fr. Bernal Buil y del general Mosen Pedro Margarit; del artículo de D. Angel Stor...

—Si hubiésemos de citar todo lo que ya se

ha escrito en contra de la *leyenda colombina*, la lista sería demasiado larga. Terminemos, pues, este diálogo, cuando ya sólo faltan siete horas para que suenen las doce de la noche y comience el día 12 de Octubre de 1892, diciendo: ¡Gloria á los hijos de la Península Ibérica, inmortales descubridores del Nuevo Mundo! ¡Gloria á Cristobal Colón, el primero entre los primeros y más insignes navegantes que descubrieron el Nuevo Mundo! ¡Gloria á Martin Alonso Pinzón, sin cuyo auxilio acaso no se hubiese realizado el primer viaje de Cristobal Colón! ¡Gloria al Infante D. Enrique de Portugal y á los marinos portugueses que iniciaron los descubrimientos geográficos de la Edad Moderna! ¡Gloria á Magallanes y á Elcano, que en su viaje de circunnavegación dejaron terminado, en lo esencial, el descubrimiento del Nuevo Mundo!

— 11 Octubre, 1892.

## IX

De cómo el Centenario de Colón se ha transformado en Cuarto centenario del descubrimiento de la envidia de los españoles.

— ¡Pasó! me dijo Magin Vera.

— Sí, le contesté; pasó el día 12 de Octubre de 1892 en que debía haberse conmemorado el cuarto Centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo; el día en que dicen se conmemoró la gloria imperecedera alcanzada por Cristobal Colón en el descubrimiento de las Indias Occidentales...

— Nada de esto se conmemoró en el día 12 de Octubre que acaba de pasar.

—¿Cómo?

—El día 12 de Octubre de 1892 se ha conmemorado el *Cuarto centenario del descubrimiento de la envidia de los españoles*.

—¿Qué dices?

—Lo que acabas de oír, y hallarás demostrado leyendo el *Homenaje á Colón*, que forma parte de la *Guía Colombina*, el número extraordinario del *Boletín de la Sociedad Ibero-Americana*, el artículo ó suelto que ha publicado en *El Correo Militar* el joven periodista señor D. José...

—No veo la congruencia entre las lecturas de que me hablas y tu singular afirmación de que ahora lo que realmente hemos conmemorado ha sido el *Cuarto centenario del descubrimiento de la envidia de los españoles*.

—Pues la tal congruencia salta á los ojos. Poetas y prosistas parece que hacen gala de ensalzar á Colón, como héroe de legendaria hazaña, pero aún más principalmente como mártir de la envidia de los españoles, que le calumniaron, le persiguieron, y, por último, le dejaron morir en Valladolid, pobre y olvidado. Además, ahora se ha descubierto en España otra envidia aún más refinada que la vulgar y conocida envidia á los altos merecimientos de los vivos: este género de envidiosos *fin de siglo*, se emberrenchina y desespera por la gloria que circunda los nombres de Colón, descubridor del Nuevo Mundo; de Gutenberg, inventor de la imprenta; de Cervantes, autor del *Quijote*; de Lope de Vega...

—¿Pues sabes que estos envidiosos *fin de siglo* pasarán una vida de desesperación recordando tantos genios de la ciencia y del arte que llenan el mundo con su fama?

—Justo castigo de su perversidad.

—Pero observo que en esto de descubrimientos se podría formar una escala muy curiosa. 1.º Colón con sus predecesores y continuadores que descubren el Nuevo Mundo.



2.º Los historiadores, que descubren las faltas de los descubridores, considerados como gobernantes y conquistadores. 3.º Los críticos, que descubren las faltas de los historiadores que han descubierto las faltas de los descubridores. 4.º Los críticos de los críticos que descubren las faltas de los historiadores que descubrieron las faltas de los descubridores. 5.º Los críticos de los críticos de los críticos...

—Según parece, te estás entreteniendo en discurrir un juego de prendas semejante á los llamados de trabalenguas, en vez de hablar seriamente de la manifestación escolar del día 12 de Octubre, en que la juventud estudiantosa...

—Yo no vi la manifestación escolar más que cuando estaba organizándose; pero en el primer artículo de *El Correo Militar* que se publicó el día 14 del mes corriente, he leído con pena y algo de satisfacción, porque al fin y al cabo tú y yo hemos vestido el uniforme militar durante cerca de treinta años; he leído, digo, lo que ahora escucharás. Dice así *El Correo Militar*:

«Una observación pudimos hacer en la manifestación de anteayer, y no de escasa importancia. Contrastaba por modo evidente el orden, la seriedad y el espíritu de disciplina de los elementos militares, con el desfile de los otros elementos civiles, al menos de algunos, si no de todos.

»Parecía lógico que una manifestación así tuviese marcado sentido de orden y de seriedad, pues no se trataba de una función callejera de más ó menos, sino de una exhibición pública de los elementos de cultura nacional.

»Pudimos, sin embargo, observar que para algunas corporaciones estudiantiles se trataba lisa y llanamente de esparcir el ánimo y divertirse, y esto no siempre cultamente.

»Y al comparar unos con otros elementos, dedujimos que, pese á los que á todas horas y

por cualquier motivo hablan pestes del ejército (que por desgracia van siendo más de lo que á todos conviniera), los elementos más serios, de mayor espíritu de orden, de más concepto de disciplina y que mejor conservan la tradición del viejo carácter español, son los elementos militares. Y eso que entre estos elementos figuraban niños de pocos años.»

—Pasemos á otro asunto. ¿Has visto el número 23 de la revista *El Centenario*?

—Ya sé por qué me haces esa pregunta: he visto, en efecto, el artículo del Sr. Paz y Mélia, y veo que contamos, por desgracia, con un envidioso más: esto es, que el Sr. Paz y Mélia se permite recordar la *profesión de pirata*, digámoslo así, que ejerció Colón durante muchos años, para justificar ¡qué horror! los atentados que cometió el primer virrey de la Española en el gobierno de esta isla, y repetir, considerándolas exactas, las durísimas palabras con que calificó estos atentados el Rey Católico, D. Fernando de Aragón.

—De modo que hay que añadir, á la lista de los envidiosos de Colón, en que ya se leen los nombres de la señora Pardo Bazán y de los señores Cánovas del Castillo, Castelar y Menéndez y Pelayo, el nombre de D. Antonio Paz y Mélia.

—Creo que aquí debemos terminar esta *Crónica*, como en señal de duelo, porque es tristísimo que con motivo del Centenario de Colón se esté celebrando el *Cuarto centenario del descubrimiento de la envidia de los españoles*.

24 Octubre, 1892.

X

CARTAS dirigidas á los Sres. D. José Fernández Bremón y D. Baldomero Lois.—El número extraordinario del *Memorial de Artillería* —Los escritos del general D. Mario de la Sala, del comandante D. Leopoldo Barrios, y del capitán D. Miguel Carrasco Labadía.

—Hoy, dije á Magin Vera, vamos á dedicarnos á escribir cartas. Siéntate y escribe, si no tienes por ahora mejor cosa que hacer.

—Sea como quieras, me contestó, sentándose delante de la mesa de estudio y tomando una pluma.

—Primera carta:

«Veo, amigo Bremón, por lo que usted me dice en el número de *La Ilustración Española y Americana* correspondiente al día 22 del pasado mes de Octubre, que su generoso pensamiento acerca... copiaré sus palabras, porque no las conocen los lectores de LA ILUSTRACIÓN NACIONAL en que esta carta ha de publicarse. Ha dicho usted que «la celebración del Centenario no coincide con el estado más próspero de la descendencia de Colón; y algo triste, injusto y dolorosa es esta conmemoración universal al ascendiente y la indiferencia con que asistimos á la desmembración de un patrimonio secular. que es la herencia sagrada del gran Cristóbal Colón.»

»Escribió usted las palabras que acabo de copiar en el número extraordinario de *La Ilustración Española y Americana*, y yo me apresuré á asociarme al pensamiento, ó, mejor dicho, á la excitación que usted hacía dirigiéndose al público en general y á los amantes de las glorias españolas muy especialmente, para que por los medios más decorosos que pudieran imaginarse se hiciera desaparecer el do-

loroso contraste que usted señalaba; pero según usted me cuenta, mi adhesión ha sido la primera y la única, hasta la fecha en que usted escribía, que ha obtenido su generoso y laudable pensamiento (1).

»El Gobierno acaba de nombrar caballero del Toisón de oro al actual duque de Veragua, D. Cristobal Colón de la Cerda, que hoy representa la descendencia del inmortal descubridor del Nuevo Mundo, y la opinión pública no ha parado mientes en el llamamiento de la *Crónica de La Ilustración Española y Americana*. Siempre he creído, apartándome del común sentir, que en muchas ocasiones los Gobiernos valen más que los pueblos en que ejercen su poder. La España de hoy, ¿estará en este caso?

»Acaso, como usted dice, «es pura vanidad é hipocresía el supuesto interés que inspira la memoria de Colón,» y dan ganas de gritar: «¡Apáguense las luces; cesen las alabanzas; callen los panegiristas; disuélvanse las procesiones; guárdense las colgaduras y acaben las fiestas, que ya sabemos á qué atenernos respecto á la sinceridad del culto de Colón!»

Aquí puse las frases de rúbrica en el final de las cartas, y continué dictando á Magín Vera.

—Segunda carta.

«Tiene usted razón, mi buen amigo y compañero Baldomero Lois: en el *Congreso pedagógico* representaba usted á LA ILUSTRACIÓN NACIONAL, y lo que usted dijo estaba de acuerdo con las opiniones de la mayoría de los redactores de esta Revista; y le voy á conceder aún más: su opinión está de acuerdo con la de la mayoría de los colaboradores y de los suscritores de LA ILUSTRACIÓN NACIONAL; pero... me limitaré á consignar aquí un recuerdo histórico. Al morir Fernando VII, la mayoría de

(1) Véase *El Resumen* del 21 de Octubre de 1892.

los españoles eran absolutistas; y sin embargo, en la guerra civil de los siete años triunfaron definitivamente los liberales.

»Sucede en la cuestión de la enseñanza de la mujer, lo mismo que en la referente á la rectificación de la historia del descubrimiento del Nuevo Mundo. Parece que los adversarios de la leyenda colombina somos una minoría insignificante. Los cronistas *hacen frases* para ridiculizar nuestra empresa; los poetas nos llaman perros que ladramos á la luna, y aun otras cosas peores, y, sin embargo, cada día crece y crece el número de los que no se conforman con aceptar como verdades las calumnias que han derramado á manos llenas sobre la historia del descubrimiento del Nuevo Mundo los detractores de España, de sus Reyes y de sus más ilustres hijos en el siglo XVI.

»Ya *El Heraldo de Madrid*, en su número del 23 de Octubre del presente año 1892, publicaba un artículo, titulado *Colón, espiritista*, y en este artículo se dice que han escarnecido la memoria del descubridor de las Indias los *sabios de cartel que graznan con autoridad académica* y los *eruditos á la violeta*, y no menos que éstos los que han cantado en *detestable prosa y en versos muy malos* la gloria del descubrimiento. Ahora bien: como la Iglesia católica, según afirma el articulista, se niega á canonizar á Colón por ser en demasía mundano, resulta que sabios de cartel, es decir, académicos, y eruditos á la violeta, que no son académicos, y poetas y prosistas que no saben elogiar, y eclesiásticos que no quieren canonizar; resulta que, según el articulista de *El Heraldo de Madrid*, es regla general lo que antes parecía excepción rarísima, no conceder á Cristóbal Colón la suma de perfecciones que sus panegiristas en su persona hallan reunidas.

»Vea usted, amigo Lois, cómo la opinión se transforma, y lo que hoy aparece como verdad indiscutible, al día siguiente ya es asunto

de controversia, en que las opiniones se dividen, y lo que parecía evidente resulta harto dudoso. Lo que ya ha sucedido en la cuestión colombina, sucederá, en plazo más ó menos breve, en la cuestión de la clase de enseñanza que debe darse á la mujer.»

Aquí iba á terminar mi correspondencia epistolar, cuando Magin Vera me dijo:

—Otras dos cartas debíamos escribir. Una felicitando al general D. Adolfo Carrasco por el número extraordinario del *Memorial de Artillería*, dedicado á conmemorar el cuarto centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo, y otra al capitán de caballería don Miguel...

—¿Y por qué hemos de felicitár al general Carrasco?...

—Porque el general Carrasco es el director del *Memorial de Artillería*, y cuando veas el número extraordinario, hallarás muy fundada nuestra felicitación.

—¿Y quién es el capitán de caballería don Miguel...?

—Nuestro querido amigo D. Miguel Carrasco Labadía, que con el título de *Colón en el Ateneo de Madrid*, ha comenzado á publicar un estudio histórico en la *Revista Contemporánea*, que, á juzgar por lo ya impreso, me parece una obra concienzuda y merecedora de fijar la atención del público ilustrado.

—Por de contado que el capitán Carrasco será de los nuestros.

—No, en verdad. El capitán Carrasco se propone refutar lo que habéis dicho en el Ateneo Fernández Duro y tú acerca de las deficiencias de Cristóbal Colón, considerado como gobernante; pero para consolarte de esta mala noticia, te diré que el general don Mario de la Sala escribe en el número del *Memorial de Artillería*, de que ha poco te hablé, un artículo elogiando la patriótica conducta de los que tratáis de destruir la leyenda co-

lombina, en lo que tiene de deshonrosa para España.

— Ahora recuerdo que debíamos dirigir una carta al comandante de Estado Mayor D. Leopoldo Barrios, que, escribiendo con el seudónimo de *El Comandante Percata*, nos ha elogiado mucho más de lo que merecemos por la misma causa que dices lo hace nuestro muy querido amigo el general La Sala.

— Otro día escribiremos esa carta, porque hoy es tarde, y aquí debemos terminar nuestra *Crónica dialogada*.

4 Noviembre, 1892

## XI

Cartas dirigidas á los Sres. Taboada y D. Juan García Aldeguer.—Una proposición presentada en el Congreso literario hispano-americano.

— Seguimos hoy nuestra correspondencia epistolar, dije á Magín Vera; y le entregué dos cartas; las tomó y leyó lo siguiente:

«Sr. D. Luis Taboada.

«Ingeniosísimo tocayo: En el artículo que ha publicado usted en *El Imparcial* (número del 23 de Octubre de 1892), que se titula *Conferencias*, ha dicho que entre el espíritu de Cristóbal Colón y usted ha mediado el siguiente diálogo:

» *Colón*.—Diga usted: ¿quién es Vidart?

» *Taboada*.—Un literato muy distinguido.

» *Colón*.—¿Y por qué me tiene tirria?

» *Taboada*.—No sé decir á usted.

» Comienzo por dar á usted las gracias por los calificativos con que me ha honrado al res-

ponder á la primera pregunta del Sr. D. Cristobal; y para que pueda contestar á la segunda, si alguna vez vuelve á interrogarle, le manifestaré que yo no he tenido nunca, ni ahora tengo, tirria, ni cosa que se le parezca, al primer Almirante de las Indias; pero como poetas y prosistas sólo saben alabarle, diciendo que fué mártir de la envidia de los españoles del siglo XVI, y á mi parecer no hubo semejante martirio, de aquí resulta que yo, como Navarrete, como Humboldt, como el P. Ricardo Cappa, como Cánovas, como Castelar, en suma, como todos los que no pasamos por los idealismos místicos de Roselly de Lorgues, ni por las fantasías librepensadoras de Lamartine, aparecemos poco entusiastas de la gloria de Colón, cuando realmente sólo nos ocupamos en defender la honra de España, sin razón mancillada por los desvaríos de los historiadores extranjeros; desvaríos que aceptan como verdades la mayor parte de nuestros poetas.

»Ahora mismo, amigo Taboada, ha llegado á mis manos un libro del catedrático de Historia Universal en la facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Zaragoza, D. Eduardo Ibarra y Rodríguez, y en este libro, que se titula *Don Fernando el Católico y el descubrimiento de América*, se hace un análisis detenido de las capitulaciones de Santa Fe, para demostrar que lo que obligó Colón á que se le concediese, era tan absurdo, que no podía cumplirse; deduciendo de aquí la inculpabilidad de D. Fernando el Católico, á quien acusan algunos historiadores de haber faltado á su regia palabra por odio á Colón ó por envidia de su gloria.

»Claro es que en el examen de las capitulaciones de Santa Fe que hace el Sr. Ibarra y Rodríguez, no sale bien librada la buena memoria de Colón; pero así tenía que suceder en el momento que se tratasen de investigar las



causas que obligaron al Rey Católico á dejar sin efecto la mayor parte de aquellas capitulaciones, no movido por malquerencia al descubridor de las Indias, sino por razones de Estado que así lo exigían, y que no eran contrarias á la justicia, como en otros casos acontece.

»Vea usted, amigo y tocayo Sr. Taboada, cómo no por tirria á Colón, sino por ley ineludible de la defensa de la honra de los Reyes Católicos y de otros españoles ilustres del siglo XVI, nos vemos obligados á decir y demostrar que Colón, como navegante y descubridor, merece singulares alabanzas, su gloria es la mayor entre todas las que brillan en la historia del descubrimiento del Nuevo Mundo; pero Colón, como gobernante de las tierras descubiertas, justificó con su conducta la que siguieron los Reyes Católicos, privándole del gobierno de la isla Española, y no consintiendo que volviese á ocuparle en todos los días de su vida.»

La otra carta decía así:

«Sr. D. Juan García Al-Deguer.

«Mi estimado amigo: el artículo que ha publicado usted en *Los Lunes de El Imparcial* (7 de Noviembre de 1892), titulado *En plena estepa*, tiene mucho más de verdadero que de exagerado, aun cuando algo tenga de esto último. En lenguaje familiar puede decirse que andamos mal de ideales para lo futuro; pero en cambio también puede asegurarse que desconocemos casi en absoluto nuestro pasado histórico. En suma: que si no sabemos adónde vamos, tampoco sabemos de dónde venimos, y váyase lo uno por lo otro.

»No es fácil *fabricar* ideales; pero no es imposible, ni mucho menos, averiguar lo que fueron en tiempos pasados los hijos de la Península Ibérica, y tal es el fin que me he propuesto realizar en la parte referente á la mayor de nuestras glorias nacionales, el descubrimiento

de América y Oceanía, presentando en la penúltima sesión del Congreso literario hispano-americano, la proposición que á continuación copio:

»Ha dicho el eminente escritor D. Marcelino Menéndez y Pelayo: «No es realmente el Centenario de Colón lo que se celebra, sino el descubrimiento total del Nuevo Mundo, y aun, si se quiere, el conjunto de la grande obra colonial de castellanos y portugueses, ora se haga arrancar de los descubrimientos y sublimes adivinaciones del infante D. Enrique, ora de la primera ocupación de las islas Canarias.»

»Si lo que hoy se celebra, ó al menos lo que debía de celebrarse, es el cuarto Centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo, que primeramente se llamó Indias Occidentales, y hoy conocemos con el nombre de América y Oceanía; si el *Congreso literario hispano-americano* se ha reunido para conmemorar «aquel portentoso alarde de nuestra raza, que Francisco López de Gómara llamaba en 1552 *la mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo creó*»; si el *Congreso literario hispano-americano* quisiera que se recordase en los tiempos futuros la fraternal unión entre las repúblicas ibero-americanas y las dos naciones en que hoy se divide la Península Ibérica, unión fraternal que halla su razón de ser en la Historia y que debe hallar su lógico desenvolvimiento en la acción civilizadora de la raza ó de la gente ibérica, así en Europa como en América y Oceanía; si fuese verdadero y realizable todo lo que someramente acabo de indicar, creo yo que, dentro de la índole propia del *Congreso literario hispano-americano* cabe aceptar las bases del siguiente proyecto, que á su deliberación someto:

»1.<sup>a</sup> Se abre una suscripción pública en Portugal, en España y repúblicas ibero-americanas, depositándose las cantidades que se re-

cauden, como cuenta corriente, en el Banco de España, con la razón social *Congreso literario hispano-americano*; suscripción que se dará por terminada cuando se hayan reunido cuarenta mil duros.

»2.<sup>a</sup> Reunida y depositada la cantidad ya dicha en el Banco de España, se hará la convocatoria de un certamen literario para premiar las mejores monografías que se presenten acerca de la historia del descubrimiento del Nuevo Mundo, á contar desde la creación de la escuela náutica de Sagres hasta los viajes de Alvaro de Mendaña, Luis Vaez de Torres y Pedro Fernández de Quirós, que completaron el conocimiento de las tierras oceánicas, iniciado por los portugueses poco después del viaje de Vasco de Gama en 1497.

»3.<sup>o</sup> Las obras que se presenten se han de titular *Historia del descubrimiento de América y de Oceanía*; y han de comenzar señalando el estado de la cuestión, es decir, exponiendo cuál era el estado de los conocimientos de cosmografía y de náutica en la fecha que se fundó la escuela de Sagres por el infante D. Enrique de Portugal. Después de esta necesaria introducción, la obra se dividirá en tres partes: Primera. Descubrimientos geográficos anteriores á los de Cristobal Colón. Segunda. Descubrimientos geográficos de Cristobal Colón y sus contemporáneos. Tercera. Descubrimientos geográficos posteriores al cuarto viaje de Cristobal Colón hasta los primeros años del siglo XVII. En forma de apéndice se hará una breve reseña de los descubrimientos geográficos de los siglos XVII, XVIII y XIX. Las obras deben ir acompañadas de los mapas que sean necesarios para la cabal inteligencia de lo que en este texto se diga.

»4.<sup>a</sup> Las obras que se presenten han de estar escritas en portugués ó en castellano.

»5.<sup>a</sup> El primer premio será de 20.000 duros y 400 ejemplares de la edición que se haga de

la obra premiada. El segundo premio será de 5.000 duros y el mismo número de ejemplares que el señalado para el primero. Se concederán todas las menciones honoríficas que el Jurado considere justas. Este premio consistirá en un diploma firmado por el presidente, los vocales y el secretario del Jurado que haya examinado las monografías presentadas en este certamen.

»6.<sup>a</sup> Sedará dos años de plazo para escribir la monografía histórica de que aquí se ha tratado; y en la convocatoria del certamen se expresarán todas las demás condiciones que en estos casos son ya reglas generales.

»7.<sup>a</sup> Para llevar á cabo todo lo dicho en las bases anteriores, se nombrará una Comisión compuesta de un presidente, que lo será desde luego el actual presidente del Congreso literario, D. Gaspar Núñez de Arce, un vicepresidente, seis vocales y dos secretarios.»

»La proposición que acabo de copiar fué aceptada por el *Congreso literario hispano-americano*, con una adición del Sr. D. Rafael Alvarez Sereix en que se dice que si al año y medio de abierta la suscripción no se hubiesen reunido los cuarenta mil duros mencionados en la primera base del proyecto aprobado, se dé por terminada la suscripción y se verifique el certamen, modificando las condiciones con arreglo á lo que monte la cantidad reunida.

»Ya ve usted, amigo Al-Deguer, cómo he procurado yo remediar, hasta donde mis débiles fuerzas han alcanzado, algo de lo mucho que usted censura en lo que podría llamarse manifestación de la ciencia española en el Centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo.»

Al llegar aquí, Magín Vera exclamó:

—Te ocupas en escribir cartas á los que de ti se han ocupado sólo incidentalmente, y dejas sin contestación la epístola que te ha dirigido nuestro amigo Asensio, y olvidas, además, que

el sumario de esta *Crónica* debía ser el siguiente:

«El Centenario y sus Congresos.—Un artículo de Enrique HARRISSE en la *Revue Critique*.—Un folleto del Excmo. Señor D. Pelayo Alcalá Galiano.—Segundo tomo de *Cristobal Colón y el descubrimiento de América*, por Alejandro de Humboldt, traducción castellana de D. Luis Navarro.—*La epopeya de Colón*, por J. Devolk.—Un folleto del presbítero D. Miguel Mir.—*Relaciones y cartas de Cristobal Colón*.—Llegada á Madrid de los reyes de Portugal...»

—Basta: *se continuará*.

10 Noviembre, 1892.

## XII

Una lección de Historia del americanista. Enrique HARRISSE.

—Hoy tampoco hacemos nuestra *Crónica* en forma de diálogo, dije á Magín Vera.

—¿Por qué? me contest .

—Porque he escrito un artículo que voy á leerle, y dice así:

En el número del 26 de Septiembre del presente año (1892), ha publicado el erudito historiador norteamericano Enrique HARRISSE un juicio acerca de la obra de D. José María Asensio, titulada *Cristobal Colón, su vida, sus viajes, sus descubrimientos*.

El Sr. HARRISSE era ya muy conocido en España por sus estudios biográficos acerca de Cristobal Colón, y nuestro ilustre crítico don Marcelino Menéndez y Pelayo, haciendo justicia al mérito de sus investigaciones en archivos y bibliotecas, ha poco escribió en el número 20 de la revista ilustrada *El Centenario*: «En rigor, el número de documentos relativos á Colón no ha tenido grande acrecentamiento después de la publicación de Navarrete, *si se*

*exceptúan algunos positivos hallazgos de HARRISSE, y el extracto muy concienzudo... que el Sr. Fernández Duro ha hecho de los autos del larguísimo pleito sostenido por el fiscal de la Corona contra los primeros descendientes de Colón.»*

Sin duda el Sr. HARRISSE no estaba satisfecho con el aplauso y estimación que en España se le concedía, considerándole como erudito investigador de la verdad histórica, y ha pretendido mostrar que su ingenio vuela mucho más alto, que le son familiares los conocimientos científicos en que la Historia busca su fundamento y valor racional, y con este fin ha escrito el artículo antes mencionado, firmándole con las iniciales B. A. V., que, á lo que parece, significan: *Biblioteca Americana Vetustisima*, que es el título de una de sus obras históricas.

Nada menos se propone el Sr. HARRISSE, en su breve artículo, que juzgar á lo que llama *escuela histórica española*, de la cual considera como acabada muestra el libro de D. José María Asensio, y como menudas manifestaciones las conferencias que hemos dado en el Ateneo de Madrid la señora Pardo Bazán, el Sr. Fernández Duro y el autor de estas líneas. La conclusión del artículo del Sr. HARRISSE no puede ser más desconsoladora para nosotros; óigánsese las palabras del sabio crítico norteamericano que, al examinar las obras históricas que en España se escriben, dice:

«La crítica se sorprende al observar una cándida confusión entre el concepto *de lo tuyo y de lo mio* algunas veces inconsciente, siempre sin arrepentimiento; efectos de óptica que engrandecen lo que el autor produce y que disminuyen la ajena labor; una seguridad en sus investigaciones y una firmeza en su opinión que nada detiene; y al propio tiempo se nota una credulidad infantil, estrechez y vaguedad de miras, arrebatos irreflexivos; en suma, la soberbia presunción de saber todo, de explicar todo, de resolver todo por ciencia infusa; á semejanza de aquel prójimo á quien preguntaron si sabía tocar el violín, y contestó: «No sé qué decir, porque nunca lo he intentado.»

Y aún añade el sabio Sr. HARRISSE:

«Las manifestaciones de la ciencia española, en la forma que acabamos de describirlas, no carecen de analogía con los curiosos resultados que han notado los fisiólogos cuando la evolución intelectual se interrumpe en cierta época de la vida. ¿Aparece aquí una consecuencia de la Inquisición, que en España ha destruído el entendimiento humano en su iniciativa y hasta en su medula, ó lo que sucede es indicio de un estado cerebral propio, innato y rebelde á todo remedio?»

Es decir, que el Sr. HARRISSE vacila y no sabe si los españoles somos ineptos, científicamente hablando, á causa de los horrores de la Inquisición, ó si lo somos de nacimiento, porque así lo determina la inferioridad de nuestra raza: dilema que se propone estudiar en en una revista de etnografía.

Tiempo es de examinar los razonamientos que emplea el Sr. HARRISSE para hacer patente la incapacidad científica de los historiadores españoles, que es el punto concreto de que en este artículo se ocupa. *Une sainte horreur du document*, es lo primero que caracteriza al Sr. Asensio, y, por consiguiente, á todos los escritores españoles que en su obra histórica se hallan representados, á juicio del Sr. HARRISSE. Esto se dice de los historiadores españoles de la vida de Colón, cuando la colección más completa de documentos referentes al descubrimiento, conquista y población del Nuevo Mundo es la formada por D. Martín Fernández de Navarrete, y en los tiempos presentes, á excepción de los documentos publicados por el Sr. HARRISSE, sólo se ha añadido la dicha colección con los que han rebuscado los señores Fernández Duro, Torres de Mendoza, Salas, Jiménez de la Espada, Uhagon y últimamente la señora duquesa de Alba. Además, ya es sabido que existen manuscritas las abundantes colecciones de copias de documentos históricos referentes á la historia del Nuevo Mundo formados por D. Juan Bautista Muñoz y D. José de Vargas Ponce.

Afirma el Sr. HARRISSE (Enrique) que la obra histórica del Sr. Asensio está copiada de dos libros, la *Vida y viajes de Cristobal Colón*, por WASHINGTON IRVING y el titulado *Christophe Colomb, son origine, sa vie, ses voyages, sa famille et ses descendants*, por ENRIQUE HARRISSE. Supongo que el Sr. HARRISSE (Enrique) no se atreverá á decir que todos los que en España hemos escrito acerca de la vida de Cristobal Colón sólo hemos consultado las dos obras que á su juicio forman la base única de los conocimientos del Sr. Asensio, puesto que los señores CASTELAR, CÁNOVAS, FERNÁNDEZ DURO, JIMÉNEZ de la ESPADA, y hasta el autor de estas líneas, hemos escrito algo que está en completo desacuerdo con las apreciaciones históricas de WASHINGTON IRVING, y que no está fundado ciertamente en los documentos históricos que ha publicado el Sr. HARRISSE. A bien que, según el Sr. HARRISSE, crítico, nada vale lo que se dice si no está fundado en los documentos reunidos por el Sr. HARRISSE, historiador. Si el Sr. Asensio funda alguno de sus juicios acerca de MARTÍN ALONSO PINZÓN en documentos publicados por el Sr. FERNÁNDEZ DURO, demostrando que conoce algo más que las obras de IRVING y HARRISSE, aquí el crítico pierde los estribos y dice que las aseveraciones del Sr. Asensio y del Sr. FERNÁNDEZ DURO *sont une insulte au sens commun*. Admiraremos en esta frase la cortesía del Sr. HARRISSE.

La ilustre escritora EMILIA PARDO, y el autor de estas líneas, alcanzamos un recuerdo del Sr. HARRISSE, que para dulcificar sus censuras al Sr. Asensio, dice que en su obra no se complace, como los conferenciantes del Ateneo, en echar en cara á Colón sus devaneos, su ambición, su nepotismo, su crueldad y su empeño de esclavizar á los indios; pero arrepentido de este elogio, añade, que el Sr. Asensio lleva su generosidad hasta el punto de explicar todos los actos de Colón porque *había en su cerebro*



(traduzco literalmente) *una grande inteligencia, unida á una viva imaginación. Monsieur de La Palice no lo hubiera dicho mejor.* Vea el señor Asensio el premio que da un crítico extranjero á sus entusiasmos colombinos. Así paga el diablo á quien bien le sirve.

Afirma el Sr. HARRISSE que en mi conferencia del Ateneo de Madrid (yo leí dos, no dice en cuál de ellas), llamé *inepto* á Cristóbal Colón, y que esta calificación fué premiada con los aplausos unánimes de la concurrencia; y como no se halla conforme con la verdad de los hechos (é impresas están mis conferencias del Ateneo que así lo demuestran), la afirmación del Sr. HARRISSE, porque yo no llamé *inepto* á Colón, resulta que el sabio crítico norteamericano se equivoca cuando quiere escribir historia contemporánea, en que la averiguación de la verdad es relativamente fácil, y esto indica que acaso se equivoque aún más cuando escribe la historia de lo que pasó hace cuatro siglos.

Y no paran aquí las equivocaciones del señor HARRISSE, puesto que, según su juicio, lo que dijimos en nuestras conferencias americanistas la señora Pardo Bazán y yo acerca de los defectos como gobernante de Cristóbal Colón, fué con el objeto de complacer á la concurrencia que asistía á la cátedra del Ateneo de Madrid, y precisamente sucedía todo lo contrario, porque la mayoría de nuestros oyentes eran entusiastas colombinos y escuchaban de muy mal talante nuestras censuras y apreciaciones, encaminadas á destruir la leyenda de Colón en lo que tiene de dañosa para la honra de nuestra patria.

Y nada más que lo expuesto dice el Sr. HARRISSE, en su artículo de la *Revue Critique*, para probar que *los españoles somos incapaces de sacramentos... científico*. ¿No es verdad que parece poco? Pero será muy bueno, y nuestra incapacidad científica no nos permite entenderlo.

XIII

La ciencia del Sr. Pinheiro Chagas y la arrogancia  
del Sr. HARRISSE.

—Hoy, me dijo Magín Vera, supongo que hablaremos algo del último libro de Enrique HARRISSE.

—Sí, le contesté, y de otro libro que ha publicado el Sr. Pinheiro Chagas. Oye lo que he escrito:

Dos obras históricas han llegado á mis manos casi al mismo tiempo. La una está escrita en portugués por el elocuentísimo orador Pinheiro Chagas, y se titula: *Os descobrimentos portugueses e os de Colombo. Tentativa de coordenação histórica*; la otra obra está escrita en francés por el norteamericano Enrique HARRISSE, y lleva este arrogante título: *Christophe Colomb devant l'Histoire*. Y hago que se fije la atención en los títulos de las obras de los señores Pinheiro Chagas y HARRISSE, porque en ellos se señala la diferencia, mejor dicho, la oposición que existe entre la forma que usa y los medios que emplea el Sr. Pinheiro Chagas para dilucidar los puntos históricos de que trata, reduciendo su deseo á presentar una *tentativa de coordinación histórica*, y la dogmática afirmación que hace el Sr. HARRISSE en la portada, y desenvuelve en el texto de su libro, hablando en nombre y representación de la Historia, como si su palabra hubiese sido declarada infalible por universal consentimiento de los más sabios historiadores y de los más severos críticos habidos y por haber.

El Sr. Pinheiro Chagas, desentendiéndose de pormenores biográficos, que en la historia del Nuevo Mundo sólo tienen un interés secun-

dario, se dedica á estudiar la relación que existe entre los descubrimientos geográficos que hicieron los portugueses antes de los de Cristobal Colón, y la empresa gloriosísima realizada por el descubridor de las Indias y por los navegantes que completaron el conocimiento del globo terráqueo, Vasco Núñez de Balboa, Fernando de Magallanes y Juan Sebastián de Elcano. La *tentativa de coordinación histórica* del Sr. Pinheiro Chagas es algo más que una tentativa: es la resolución de un problema histórico, en que aparecen como datos los descubrimientos geográficos que hicieron los portugueses desde la fundación de la escuela de Sagres hasta la fecha que Bartolomé Díaz dobló el cabo de las Tormentas, después llamado de Buena Esperanza, y como conclusión definitiva, esta evidente verdad: Cristobal Colón, en la historia del descubrimiento del Nuevo Mundo, debe aparecer siempre como el primero y el más grande de los héroes de tan portentoso acacimiento; pero Portugal y España, la raza ó la gente ibérica, constituyen un héroe más grande aún que Colón, porque á su iniciativa se deben los primeros descubrimientos geográficos de la Edad Media, y á su ejemplar esfuerzo la terminación de la empresa comenzada en el puerto de Palos el viernes 3 de Agosto de 1492.

El Sr. HARRISSE escribe en la portada de su libro *Cristobal Colón ante la Historia*, y quiere demostrar, según parece, que todos los españoles que hemos escrito algo acerca de la vida de Cristobal Colón, ó nos hemos limitado á copiar lo que dicen los extranjeros hablando mal del rey D. Fernando, del obispo Fonseca, de Martín Alonso Pinzón, del P. Buil, de Francisco de Bobadilla, etc., etc.; y en este caso hemos pretendido lograr fama de sabios y eruditos, aprovechándonos del trabajo ajeno; ó hemos intentado rehabilitar la memoria de Pinzón, Bobadilla, el P. Buil, etc., etc.; y en

este caso, cegados por nuestro patriotismo, hemos caído en errores históricos de todo punto evidentes.

Como ejemplo de los historiadores que casi siempre dicen la verdad, pero copiando lo que antes han dicho los escritores extranjeros (y especialmente el Sr. HARRISSE), pone el autor á mi querido amigo D. José M. Asensio, citando como comprobación su artículo de la *Revue Critique*, titulado *Un historien espagnol de Colomb*; y como defensores equivocados de la honra de España, á la señora Pardo Bazán, al P. Ricardo Cappa, á los Sres. Cánovas y Fernández Duro, y también al autor de estas líneas.

Sin clasificarlos en ninguna de las dos tendencias que acabo de indicar, aparecen el pontífice León XIII, el Sr. Castelar y el historiador norteamericano Fiske; pero los cita el Sr. HARRISSE porque halla inexactitudes históricas en la carta de León XIII acerca de Cristóbal Colón, en la parte que conoce de la *Historia del descubrimiento de América*, de don Emilio Castelar, y en la obra del Sr. Fiske, que acaba de publicarse en Boston y en Londres.

Aún se me olvidaba recordar las censuras que dirige el Sr. HARRISSE á lo escrito por don Manuel Colmeiro en su libro *Los restos de Cristóbal Colón*, y á la Academia de la Historia, que aprobó lo dicho en este libro.

No contento el Sr. HARRISSE con la condenación que lanza sobre el pontífice León XIII y los escritores españoles cuyas obras históricas han llegado á su noticia, promete un nuevo libro ó folleto, que se titulará *Christophe Colomb et les Académiciens espagnols*, en que remachará el clavo de sus censuras para demostrarnos que el autor *The discovery of North America*, es el único ser humano que sabe escribir de Historia con inusitado primor, según nos dice en la cubierta de su libro *Christophe Colomb devant l'Histoire*.

Para que no se crea que exagero, voy á co-

piar en francés, que es como están escritas, las palabras del Sr. HARRISSE proclamando el mérito singularísimo de su obra, *The discovery of North America*. Dicen así:

«Cet ouvrage, j'en ai la conviction absolue, fera époque dans l'histoire des sciences géographiques et historiques. C'est en réalité une encyclopédie de tout ce que l'on sait de certain sur l'histoire de découvertes transatlantiques... que les savants de tous les pays ne sauraient manquer d'apprécier. Comme méthode et comme principes, il est à peu près certain que ce livre servira un jour de modèle pour les histoires critiques et documentaires des autres pays qui resteraient encore à écrire.»

Teniendo el Sr. HARRISSE la *convicción absoluta* de que ha sabido escribir una obra maestra, una obra que ha de servir de modelo á los historiadores de los tiempos futuros, es natural que, comparando con esta obra histórica las de los académicos españoles y las conferencias americanistas del Ateneo de Madrid, las encuentre plagadas de defectos, porque es harto difícil llegar á la cumbre de la perfección científica, desde cuya altura nos contempla desdeñosamente el sabio norteamericano.

Sin embargo, la señora Pardo Bazán, el P. Ricardo Cappa, los Sres. Cánovas del Castillo y Fernández Duro y el autor de estas líneas, tenemos que agradecer al Sr. HARRISSE la explicación que da de nuestros errores históricos, suponiendo su origen en que nuestro patriotismo no olvida nunca que Colón era extranjero. Según el Sr. HARRISSE, nuestro patriotismo nos ha inducido á defender la honra de nuestra patria, que consideramos mancillada cuando se acusa de tirano á D. Fernando el Católico, de artero al obispo Fonseca, de indigno sacerdote al P. Buil, de desertores á Pinzón y Margarit, de infame á Bobadilla, de cruel á Ovando; en suma, cuando se presenta á Colón como un dechado de virtudes públicas y privadas, y á todos los españoles que le rodearon como una cáfila de malvados. El Sr. HARRISSE

nos ha presentado como historiadores que yerran en sus juicios, porque su patriotismo exagerado perturba su criterio; aquí en España se ha dicho que la envidia y el deseo de singularizarnos sosteniendo paradojas, eran los móviles de nuestra conducta; aquí el Sr. L... nos ha llamado perros que ladran á la Luna y tábanos que interrumpen el concierto de las canorasavecillas; el Sr. S. de C... ha dicho que nuestros escritos eran como el fagot que, oído solo, es un instrumento desagradable, pero que formando parte de una orquesta, sirve para hacer resaltar el grato sonido de otros instrumentos; aquí el Sr. B.. oficiando como Pontífice, autoridad que le reconozco porque en algo he contribuído á formarla, ha llamado *herejía* á alguna de mis apreciaciones en defensa de Bobadilla, y ha declarado inútiles los esfuerzos que hacemos el Sr. Fernández Duro y yo para destruir la leyenda colombina; aquí se ha creído que, al defender la honra de España, se injuriaba á Cristobal Colón, y desde este punto de vista se ha escrito:

•A LOS AMERICANISTAS ANTICOLOMBINOS

Cuando toda la nación  
Le festeja entusiasmada,  
Volverse contra Colón  
No es valor, ni erudición,  
Ni patriotismo, ni nada. »

El Sr. HARRISSE creía, discurriendo lógicamente, que la defensa de la honra de España sería popular entre los españoles, y se ha equivocado de medio á medio. El Sr. MENÉNDEZ Y PELAYO ha dicho que España es «el único pueblo del mundo que hace alarde y gala de renegar de sus progenitores, esperando sin duda conquistar por este fácil medio la libertad, el respeto y la consideración de las demás gentes.» Vea el Sr. HARRISSE cómo no ha influído en los conferenciantes del Ateneo de

Madrid que hemos defendido esta tesis: *España no fué ingrata con Cristobal Colón*, el deseo de alcanzar popularidad, porque precisamente nuestra tarea ha sido censurada, hasta con apasionamiento, por la inmensa mayoría de nuestros compatriotas, más celosos de la gloria de Colón, que de la honra de su patria.

Para concluir este artículo, volveré á comparar la *tentativa de coordinación histórica* del Sr. Pinheiro Chagas y el *Cristobal Colón ante... la Historia del Sr. Harrisse*. Juicios en que la prudencia templa la rigidez de las convicciones personales; encadenamiento lógico de las ideas y repetidas comprobaciones eruditas, donde la erudición es la necesaria base de los razonamientos, tales son las dotes que avaloran el libro del Sr. Pinheiro Chagas, y que permitirían suprimir una palabra de su segundo título, *tentativa*, porque el autor no intenta, consigue lo que se propone. Arrogancia en los juicios, no justificada ni por su racional evidencia, ni por las escasas pruebas documentadas en que el autor pretende fundarlos; apreciaciones que rabian de verse juntas, como vulgarmente se dice, porque son diametral y absolutamente opuestas; narración de hechos que como verdaderos se presentan, cuando son completamente falsos; he aquí los capitales defectos que se notan en el libro del Sr. Harrisse *Christophe Colomb devant l'Histoire*.

No tengo espacio suficiente en las columnas de LA ILUSTRACIÓN NACIONAL para demostrar la exactitud de las apreciaciones que acabo de hacer; pero quizá en otro sitio llevaré á cabo esta facilísima tarea (1).

22 Diciembre, 1892.

(1) He cumplido lo que en el texto indiqué, publicando en la *Revista Contemporánea* (Febrero y Marzo de 1893), un estudio crítico titulado: *Los aciertos del Sr. Pinheiro Chagas y los errores del Sr. Harrisse*.

XIV

*Os descobrimentos portugueses e os de Colombo*, por Manuel Pinheiro Chagas. — *Christophe Colomb devant l'histoire*, por Enrique Harrisse.

—Me parece que hoy debemos poner término á nuestras *Crónicas dialogadas*, me dijo Magín Vera; porque ya se ha concluído el año de 1892, en que se cumplió el cuarto centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo.

—Aún he pensado, le contesté, que continuemos dos días nuestra tarea, uno que vamos á consagrar á los libros de los Sres. Pinheiro Chagas y Harrisse, porque quedó muy incompleto el juicio que formulé en mi anterior artículo; y otro en que haremos un resumen de nuestras opiniones acerca de la forma en que se ha conmemorado en España el cuarto Centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo. Escucha lo que he escrito como terminación de mi juicio acerca de las obras históricas de los Sres. Pinheiro Chagas y Harrisse.

El crítico, cuando censura, tiene la obligación moral de hacer ver que las tachas que pone á un autor están fundadas en hechos ó en motivos de racional evidencia. Yo negué en mi anterior artículo al Sr. Harrisse todas ó casi todas las condiciones que debe reunir un historiador. Ahora voy á demostrar que mi negación se fundaba en razones que, á mi juicio, son de todo punto evidentes.

Creo yo que la primera condición para escribir una obra histórica, es conocer la ciencia ó ciencias que se hallan más relacionadas con el asunto de que en esta obra ha de tratarse. Así, la historia del descubrimiento del Nuevo



Mundo, requiere en el autor que trate de escribirla conocimientos de cosmografía y de arte de navegar, muy superiores á los que han poseído casi todos los historiógrafos que de este asunto han tratado.

El Sr. Pinheiro Chagas ha comprendido la verdad de lo que acabo de decir, y su libro *Os descobrimentos portugueses e os de Colombo* es, antes que todo y sobre todo, una disertación científica eh pue tomando como base la obra acerca de la historia de la cosmografía, del vizconde de Santarén, ha planteado, y en mi sentir resuelto, el problema del necesario enlace entre las empresas marítimas de los portugueses y las que llevaron á cabo Cristóbal Colón y los continuadores de sus descubrimientos geográficos. La obra del Sr. Pinheiro es un complemento necesario del *Examen crítico de la historia de la geografía del Nuevo Continente*, que escribió en el primer tercio de este siglo el célebre Alejandro de Humboldt; obra que hasta el presente había permanecido solitaria, como dice Menéndez Pelayo, porque nadie había estudiado científicamente en su totalidad y trascendencia el problema histórico del descubrimiento del Nuevo Mundo.

Acaso se dirá que el Sr. HARRISSE no necesitaba de estudios cosmográficos ni náuticos, puesto que sus aspiraciones se limitaban á escribir la biografía de Cristóbal Colón y no la historia de sus descubrimientos geográficos; pero tal disculpa no cuadra al arrogante crítico, que dice al finalizar su libro *Christophe Colomb devant l'histoire*:

«No; Colón no fué el primero que tuvo la idea de que al otro lado del Océano se encontraban regiones accesibles para el navegante que las buscase con valor y confianza en sí mismo. No fueron tampoco sus propios cálculos ni sus argumentos los que demostraron la existencia de estas regiones. Es también cierto que su hipótesis, ya admitida por los sabios, hacía diecisiete siglos, se hallaba en sus discursos y en sus

escritos mezclada con profundos errores; en suma, sin Colón el Nuevo Mundo hubiera sido descubierto menos de siete años después, á contar de la fecha en que por primera vez puso allí su planta el marino genovés.

Quien tan rotundas afirmaciones hace, parece que en sus escritos ha de haber demostrado no vulgares conocimientos en cosmografía y arte de navegar; y sin embargo, es lo cierto que el Sr. HARRISSE, hasta ahora, se ha limitado á investigar las particularidades de la vida de Cristóbal Colón en lo concerniente á su nacimiento, familia, personas que favorecieron sus proyectos ó que los contrariaron, etc., pero nunca había intentado abordar de frente el examen crítico de sus méritos como sabio cosmógrafo y valeroso navegante, que era lo que requería el pomposo título de su obra *Christophe Colomb devant l'Histoire*.

Es ligereza no propia del verdadero historiador emitir juicios como el que acabo de copiar, que ni son de racional evidencia, ni se hallan fundados en pruebas documentadas ó en la erudición bibliográfica en tales casos necesaria.

Dije en mi anterior artículo que en el libro del Sr. HARRISSE se hallan afirmaciones que no están de acuerdo con la verdad de los hechos. Prueba al canto. En el comienzo de la pág. 69 de su *Christophe Colomb devant l'Histoire* dice el Sr. HARRISSE: «Después de haberle aherrojado (*mis aux fers*) y encerrado durante dos meses en un calabozo, Bobadilla hizo que Colón saliese de la Española con dirección á España.»

¿Cómo probará el Sr. HARRISSE que Colón estuvo dos meses encerrado en un calabozo, de orden del comendador Bobadilla, antes de salir de la isla Española? Hoy por hoy, esto es absolutamente indemostrable.

En la pág. 70 de su ya repetidamente citado libro, el Sr. HARRISSE afirma que el autor de estas líneas, en la primera conferencia que dió en el Ateneo de Madrid, calificó á Cristo-

bal Colón de *malvado* y de *imbécil*. Léase la conferencia *Colón y Bobadilla*, y se verá que es completamente inexacta la afirmación del Sr. HARRISSE.

Juicios que rabian de verse juntos, por ser diametralmente opuestos, se hallan á montones en el libro del Sr. HARRISSE. Sólo citaré un ejemplo, que es muy importante.

Dice el Sr. HARRISSE en la pág. 16 de su libro:

«El descubrimiento del Nuevo Mundo no produjo el efecto que nuestros contemporáneos se imaginan... Bien pronto se supo en España que América (*sic*) no era la China que se buscaba; que en las tierras descubiertas se morían de hambre sus habitantes; que las perlas, las pepitas de oro y la canela sólo se encontraban en la fantasía del trapalón genovés, que sin importársele un ardite veía morir de miseria á los nobles castellanos... Esta impopularidad de Colón duró tanto como su vida; y es lo cierto que la empresa colombina sólo fué provechosa para España, diez ó veinte años después de la muerte del descubridor de las Indias, cuando Hernán Cortés y Francisco Pizarro conquistaron respectivamente los ricos imperios de Méjico y del Perú... En Francia, en Alemania y en Inglaterra se dió poca importancia al descubrimiento de Colón, como lo prueba el nombre de América, dado al Nuevo Mundo... y si en Venecia, Génova y Florencia se habló algo de Cristóbal Colón, fué con palabras de cólera, porque su memorable empresa arruinó el comercio de las ciudades italianas con las regiones del extremo Oriente.»

El Sr. HARRISSE se olvida en la pág. 70 de lo que ha escrito en la pág. 16 de su libro, y censurando una supuesta afirmación del señor Cánovas del Castillo, dice que Bobadilla no podía aplicar á Colón las reglas generales del procedimiento judicial. ¿Por qué? La razón aparece clara cuando afirma el Sr. HARRISSE que Colón había duplicado el imperio y quintuplicado la riqueza de la nación española. De modo que, para Bobadilla, la impopularidad de Colón entre sus contemporáneos debió transformarse en admiración por los provechosos resultados que dieron sus descubrimientos diez ó veinte años después de su muerte.

Sería cuento de nunca acabar la enumeración de todas las deficiencias que pueden señalarse en la obra histórica del Sr. HARRISSE; pero lo dicho en éste y en el anterior artículo me parece lo suficiente para que se comprenda que el Sr. Pinheiro Chagas en su libro *Os descobrimentos portugueses e os de Colombo* ha escrito un libro de Historia digno de singular aplauso; libro en que podría aprender el Sr. HARRISSE la modestia con que deben presentarse al público las opiniones del autor á quien no ciega la vanidad; libro en que se discuten las cuestiones referentes al descubrimiento del Nuevo Mundo como problemas de cosmografía y de náutica; única forma en que debe tratar este asunto quien aspire á hacer lo que el Sr. HARRISSE en vano ha pretendido, un libro que con razón pueda titularse, *Cristóbal Colón ante la Historia*.

4 Enero, 1893.

## XV

Resumen y terminación de estas *Crónicas dialogadas*.

—Hoy llegamos al término de nuestras tareas como cronistas del cuarto centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo, dije á Magin Vera.

—¿Y de qué vamos á tratar hoy?

—En primer término diré que en estas *Crónicas* no hemos podido ni mentar siquiera la mayor parte de los festejos con que se ha solemnizado en Europa y América la conmemoración del cuarto centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo, porque carecíamos del espacio necesario para poder hacerlo. Nos hemos limitado á procurar que se cumpliese lo

que yo dije que debía ser el más beneficioso resultado de la celebración del dicho Centenario, á saber: el estudio y necesaria rectificación de la historia del descubrimiento del Nuevo Mundo; resultado que por completo se ha obtenido, al menos en la Península Ibérica, á pesar de los preocupados críticos que pretendían presentar como verdad histórica...

—No concluyas; porque el Alcalde presidente del Ayuntamiento de Madrid, D. Alberto Bosch y Fustegueras, puso una alocución en las esquinas de la villa y corte el día 12 de Octubre de 1892, que sintetiza perfectamente lo que la opinión pública consideraba como verdades históricas de todo punto comprobadas. Decía así el Sr. Bosch:

«Madrileños: Hoy hace cuatrocientos años que descubrió la América Cristobal Colón, buscando en carabelas españolas, un nuevo camino para el Oriente de Asia... Después de pasajeros aplausos fué objeto de la envidia y la calumnia y murió en Valladolid olvidado y pobre... El pueblo que no sabe honrar á los grandes hombres, no merece tenerlos.»

—Merecen estudiarse los párrafos de la alocución del señor Alcalde de Madrid que acabas de citar.

—¡Y tanto como lo merecen! El público que leía tranquilamente una alocución en que se injuriaba la memoria de sus antepasados, á quienes se llamaba envidiosos y calumniadores; el público que aceptaba como verdad histórica que Colón había muerto en Valladolid olvidado y pobre, ignorando que Colón había fundado en su testamento dos cuantiosos mayorazgos, y que antes de su muerte estaba concertado el matrimonio de su hijo D. Diego con una sobrina del rey de Aragón D. Fernando el Católico; el público que no se indignaba al leer que España no merecía á Colón, porque tanto vale afirmar que *el pueblo que no sabe honrar á sus grandes hombres, no merece tenerlos*, después de haber dicho que *el gran Colón había*

*sido víctima de la envidia y la calumnia de los españoles que fueron contemporáneos suyos; el público...*

—No sigas. El alcalde de Madrid, en el día 12 de Octubre de 1892, interpretó fielmente lo que pensaban la inmensa mayoría de los habitantes, no sólo de la capital, sino de España entera. Recorre las páginas de los *homenajes* que han rendido á la memoria de Colón el director de *La Cruz*, D. Leon Carbonero y Sol, el *Circulo de Bellas Artes*, *La Ilustración Puer-to-Riqueña*, el *Boletín de la Unión Ibero Americana*, la *Guía Colombina* y otros muchos periódicos y corporaciones científicas y artísticas, y en todos ellos verás que predominan las composiciones en prosa y verso en que se censura á los españoles contemporáneos de Colón y á los escritores que hoy pretendemos vindicar su buena memoria.

—Hay algunas excepciones en lo que acabas de decir. Por ejemplo, en el número extraordinario del *Memorial de Artillería* no predominan las composiciones en que se ensalza á Colón, con daño de la honra de España. Lo mismo sucede en el número que dirigido, según creo, por el Sr. Sánchez Moguel, publicó *La Ilustración Española y Americana* en honor de Colón; y LA ILUSTRACIÓN NACIONAL aún ha ido más allá en esta materia, porque el número que dedicó á conmemorar el cuarto Centenario, no de Colón, ni del descubrimiento de América, sino del descubrimiento del Nuevo Mundo, es una calurosa vindicación de la honra de España, en que el director literario de esta publicación, D. Eugenio de la Iglesia, demostró sus no vulgares conocimientos históricos y su ferviente entusiasmo por nuestras glorias nacionales.

—También en Milán y en Roma se ha publicado un *Album de alabanzas internacionales á Cristobal Colón*, que han formado los señores Angel de Gubernatis y Cecilio Vallardi, y res-

pecto á este libro dice D. Juan Valera en la Revista *El Centenario*:

«Viene á cuento... lo poco que en alabanza de España se dice; porque apenas hay en el *Album* quien hable bien de nosotros. Se diría que los sabios y semisabios de las demás naciones nos odian, nos desdeñan ó nos ignoran, imaginando que Colón descubrió América él solo, y la descubrió por completo, sin los Pinzones, Cosa, Ojeda, Balboa, Cortés, Pizarro, Magallanes y otros ciento de exploradores.»

—Nada tiene de extraño que los extranjeros supongan que el descubrimiento del Nuevo Mundo fué obra exclusiva de Cristobal Colón, y que los españoles, ó, mejor dicho, los portugueses y los españoles, la raza ó la gente ibérica, no tuvimos más parte en esta gloriosísima empresa que la de haber procurado el rey de Portugal aprovecharse de la feliz idea del sabio genovés, despachando secretamente un barco que fuese á las Indias siguiendo la dirección del Poniente, y la de haber perseguido y calumniado al descubridor de las Indias Occidentales, cediendo al impulso de la más torpe envidia, hasta dejarle morir casi de hambre en una miserable casucha, ó, mejor dicho, en una posada de Valladolid, donde, de limosna, le daban alojamiento.

—Un escritor italiano, el señor A. V. Vecchi, en la Revista titulada *La Rasegna Nazionale*, ha escrito un notable artículo, que se titula *La leyenda de la ingratitud de España con Cristobal Colón*, artículo que termina con esta concluyente manifestación:

«Yo pienso que acusar á España de ingratitud con Cristobal Colón es una iniquidad evidente, que sólo puede hallar su fundamento en la más supina ignorancia ó en la más proterva maldad.»

—Bueno es que los autores extranjeros hagan justicia á España, porque lo que aquí hemos escrito en defensa de la honra de nuestra patria, se ha considerado como una injuria á la memoria de Cristobal Colón; pero lo dicho

en las conferencias americanistas del Ateneo de Madrid por la señora Pardo Bazán y por los Sres. Cánovas del Castillo y Fernández Duro, así como lo escrito en las páginas de la revista *El Centenario* por el presbítero D. Miguel Mir y por los Sres. Menéndez y Pelayo, y Paz y Méliá, hará rectificar muchos errores que hoy pasan como verdades en la historia del descubrimiento del Nuevo Mundo.

—Te has olvidado en este resumen que estamos haciendo de los trabajos históricos que se han publicado con motivo del Centenario que acaba de conmemorarse, de la notable biografía de Cristóbal Colón escrita por Justin Winsor, de la también notable, por otros conceptos, de...

—No continuemos. Sería imposible citar aquí todos los libros, folletos y artículos que se han publicado en el año de 1892, referentes á la historia del descubrimiento, conquista y población de América y Oceanía; pero el fin que yo me he propuesto en estas *Crónicas* puede realizarse indicando someramente los escritos que han de servir para rectificar los añejos errores que pasaban como verdades históricas antes de la celebración del Cuarto Centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo. Oye la lectura de unos ligeros apuntes bibliográficos que he hecho acerca de esta materia.

La traducción de la obra de Alejandro de Humboldt que ha hecho D. Luis Navarro, y que se ha publicado con el título de *Cristóbal Colón y el descubrimiento de América*, ha de servir para que se popularice el verdadero concepto histórico del descubrimiento del Nuevo Mundo, porque Humboldt consideró este descubrimiento como el resultado de la elaboración científica de la Edad Media, no como la obra individual del genio de Cristóbal Colón y de su protectora la reina Isabel la Católica. Complemento necesario del libro de Humboldt es



la obra que acaba de publicar el eminente orador portugués Sr. Pinheiro Chagas, *Os descobrimentos portugueses e os de Colombo* y la parte que consagra el norteamericano Fiske, en su libro publicado recientemente en Boston y en Londres, al concepto progresivo de los descubrimientos colombinos.

El discurso inaugural de las conferencias americanistas del Ateneo de Madrid que pronunció el Sr. Cánovas del Castillo puso en evidencia las dos direcciones, no sólo contrarias, sino diametralmente opuestas, con que se juzgan á los personajes que más intervinieron en el descubrimiento del Nuevo Mundo. La voz del Sr. Cánovas del Castillo fué oída con atención, y su discurso puede servir de norma para la clasificación de los historiadores de aquel glorioso descubrimiento, puesto que hay quien sigue el criterio genuinamente español, representado en toda su pureza por los primitivos cronistas de Indias, Gonzalo Fernández de Oviedo y Francisco López de Gómara, y hay, por el contrario, quien acepta como artículos de fe las apreciaciones de Washington Irving y hasta los desvarios de Lamartine y Roselly de Lorgues.

D. Víctor Balaguer, vindicando á los aragoneses en su conferencia del Ateneo de Madrid; el libro de D. Eduardo Ibarra, que se titula *Don Fernando el Católico y el descubrimiento de América*; el folleto del presbítero D. Miguel Mir, *Influencia de los aragoneses en el descubrimiento de América*; los artículos de los generales D. Adolfo Carrasco y D. Mario de la Sala, del teniente coronel D. Arturo de Oliver Copons, del comandante D. Leoncio Más y algunos otros, en el número extraordinario del *Memorial de Artillería*, constituyen una serie de estudios y trabajos eruditos, todos ellos inspirados en la verdad histórica que ha de sustituir á las fábulas de la leyenda colombina.

El eminente orador D. Emilio Castelar, en

su *Historia del descubrimiento de América*, no se ha dejado arrebatado por su ardiente y poética fantasía, y ha dicho todo lo necesario para vindicar á España de las calumnias con que manchan sus glorias la mayor parte de los historiadores extranjeros.

Folleto muy interesante es el que ha publicado el biógrafo de los dos marqueses de Santa Cruz, D. Alvaro de Bazán y D. Álvaro Navia-Osorio, que se titula *Llegada de Colón á Portugal*. El Sr. Altolaguirre ha demostrado en este folleto, así como en sus anteriores libros, su gran aptitud para cultivar con fruto los estudios históricos.

Los dos tomos en folio que se han publicado en Lisboa, titulado el uno *Centenario do descobrimento da America. Memorias da Comissao portugueza*, y el otro *Alguns documentos do Archivo Nacional da Torre do Tombo*, requeririan detenidísimo examen; pero apremia el tiempo, y sólo diré que las *Memorias* están escritas por los señores Araujo, Teófilo Braga, Teixeira de Aragão, Lopes de Mendoça, Ornellas, Braz de Oliveira, Baldaque da Silva y Próspero Peragallo.

El ilustrado representante diplomático de la República Argentina en Madrid, D. Vicente G. Quesada, ha publicado la introducción de una obra histórica que se titulará *La Sociedad hispano-americana bajo la dominación española*. Pertenece el Sr. Quesada al escaso número de literatos que hacen justicia á los conquistadores y primeros pobladores de América, reconociendo que los defectos que se les han achacado son necesario fruto de toda obra que por la fuerza se realiza. Con ser crueles y codiciosos los conquistadores españoles, lo son menos que los de otros pueblos que pretenden representar la mayor cultura de que hoy es capaz la naturaleza humana. Muchos elogios merece la obra emprendida por el Sr. Quesada.

De los demás libros que tengo á la vista, me

limitaré á citar los títulos, añadiendo algunas veces contadisimas y breves palabras.

*Nobiliario de los conquistadores de Indias*, por D. Antonio Paz y Mélia, publicado por la Sociedad de bibliófilos españoles.—*Hernando de Soto*, por D. Luis Villanueva y Cañedo.

*Colón y La Rábida*, por el P. Fr. José Coll, segunda edición, según su autor, corregida y aumentada, y, á juicio de quien esto escribe, aumentada sí, pero no corregida, sino desvirtuada en algunos lugares donde el buen sentido del Rvdo P. Coll se había sobrepuesto á las vulgares preocupaciones de los secuaces de Roselly de Lorgues.

*La carabela Gallega ó Santa Maria, ó la nao capitana de Colón*, por el Excmo. Sr. General D. Pelayo Alcalá Galiano. Es un folleto donde se debate una cuestión que no he tenido tiempo de estudiar, pero me inclino á creer que el Sr. Alcalá Galiano acierta en sus apreciaciones.

*La batalla de la Vega Real*, por D. Arturo de Oliver-Copons.

*Misiones guaraníticas*, por R. Monner Sans; es un folleto en que se dicen muchas verdades desconocidas, en muy pocas páginas.

*La nao Santa Maria*, Memoria escrita en su mayor parte por el capitán de navío D. Cesáreo Fernández Duro.

*Las primeras tierras descubiertas por Cristóbal Colón*, ensayo crítico en que su autor, el general de Marina D. Patricio Montojo, sostiene que la isla Watling es la primera de las Lucayas en que desembarcó Colón. Esta es también la opinión del historiador Muñoz y de algunos otros autores; pero no me parece que el problema está resuelto con tanta claridad que no deje lugar á ninguna duda.

*Alonso Sánchez de Huelva*, por Emilio Travers (París, 1892). Es un folleto en que se expone, y hasta cierto punto se corrobora, lo dicho por el Sr. Fernández Duro al examinar la

obra del canónigo D. Baldomero de Lorenzo y Leal, que se titula *Cristobal Colón y Alonso Sánchez, ó el primer descubrimiento del Nuevo Mundo*.

El académico D. Joaquín Olmedilla y Puig, ya ventajosamente conocido en la república de las letras, ha escrito un estudio biográfico del doctor Alvarez Chanca, acompañante y médico de Colón en su segundo viaje á América, que merece fijar la atención por los datos históricos y noticias poco conocidas que en sus páginas se hallan recopiladas.

El discurso que leyó el canónigo D. Alejandro de la Torre y Vélez en el paraninfo de la Universidad de Salamanca, y el folletito de D. Víctor Ozcáriz titulado *Cristobal Colón y la Historia*, se parecen en la buena fe con que están escritos, y en que el primero es una continuación de los juicios históricos de Roselly, un poco atenuados, y el segundo una reproducción de las fantasías de Lamartine acerca de la vida y de las virtudes de Cristobal Colón.

*Martin Alonso Pinzón*, estudio histórico de D. José María Asensio, podría ser una obra muy estimable, si su autor no estuviese encariñado con el Colón de la leyenda, victima de la envidia de los españoles, que se encarnó y tomó cuerpo en el comendador Bobadilla. Según el Sr. Asensio, es preciso que nos resignemos á que Martín Alonso Pinzón sea un desertor, y Bobadilla un verdugo. La leyenda colombina es una *filfa*, como familiarmente se dice, inventada por los detractores del sublime Almirante. No hay tal leyenda colombina; lo que así se quiere denominar es la verdadera historia de Colón, y los que niegan este aserto son poetas, como Luis Vidart, á quien extravía su imaginación, ó merecen la ya sabida retahíla de calificaciones, «perros que ladran á la luna, tábanos que interrumpen el concierto de las alegres avecillas, reptiles *marítimos*, folicularios de ambos sexos,» etc.

La *Biblioteca clásica* ha publicado, reunidas en un volumen, las *Relaciones y cartas de Cristóbal Colón*. De este libro se podrían entresacar los textos necesarios para uno que podría titularse: *Cristóbal Colón pintado por sí mismo*; y ciertamente que el retrato que resultase sería algo más parecido al original que el que nos han pintado el poeta librepensador Alfonso de Lamartine y el mundano creyente Roselly de Lorgues.

*Homenaje del Archivo hispalense al cuarto Centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo*. El Sr. D. Manuel Gómez Imaz, que ha coleccionado los documentos que constituyen este *Homenaje*, ha hecho una obra muy digna de aplauso.

La traducción del *Demócrates alter*, de Juan Ginés de Sepúlveda, que ha publicado en el *Boletín de la Real Academia de la Historia* el docto escritor D. Marcelino Menéndez y Pelayo, y el *Informe* que la precede, no necesitan elogio. El renombre literario de que justamente goza el Sr. Menéndez y Pelayo no defrauda nunca las esperanzas de los lectores de sus obras. También el artículo que publicó en *El Centenario* el Sr. Menéndez y Pelayo acerca de los historiadores de la vida de Colón, merece aquí especialísimo recuerdo, porque es uno de los más rudos ataques que se han dado á la leyenda colombina, en lo que tiene de dañosa para la honra de España.

El tercer tomo de la *Historia del Nuevo Mundo*, por el P. Bernabé Cobo, de la Compañía de Jesús, con notas é ilustraciones de D. Marcos Jiménez de la Espada, que ha publicado la «Sociedad de bibliófilos andaluces,» es interesantísimo, porque en sus páginas se lee una descripción de los indígenas que poblaban las tierras descubiertas por Colón, que rectifica por completo las que tanto abundan en las obras históricas del P. Las

Casas, y especialmente la que hace en su famosa *Dstrucción de las Indias*.

El Sr. D. Juan López Valdemoro, conde de las Navas, ha publicado un folleto donde refuta, con gran copia de datos, las opiniones del Sr. Carbonero y Sol, que aún pretende defender la legitimidad de D. Fernando Colón, y la posible beatificación del descubridor de las Indias. Este folleto se titula: *Homenaje à Cristobal Colón... por cuenta y à costa ajena*.

—Parece que ya has concluido la lectura de tus notas bibliográficas, porque el que nada digas en éstas del folleto *Un discurso inaugural del Sr. Canoas del Castillo*, ni de la biografía del P. Bartolomé de las Casas, publicada en el *Almanaque de La Ilustración* para 1893, se explica fácilmente.

—Es claro; nosotros nada tenemos que decir, de bueno ni de malo, acerca de los escritos de Luis Vidart en estas *Crónicas dialogadas*; pero debemos mencionarlos, como el general Almirante menciona los suyos en su *Bibliografía militar de España*, y por esta causa, así lo hemos hecho ahora.

—Resumen de todo lo que hoy hemos hablado, y fin de nuestra *Crónica dialogada*. Creo yo que los trabajos históricos que se han publicado con motivo de la celebración del cuarto Centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo servirán para rectificar definitivamente los errores que aceptaban como verdades casi todos los historiadores extranjeros, y también casi todos nuestros modernos historiadores nacionales. Sólo la conmemoración del Centenario que acaba de verificarse podía hacer que la atención pública se fijase en problemas históricos que hasta ahora no habían salido del recinto de las Academias, y por esta causa los que censuraban como inoportuna la campaña emprendida por algunos conferenciantes del Ateneo de Madrid para restablecer la verdad en la historia del descubrimiento

del Nuevo Mundo, desconocían que precisamente había que aprovechar la ocasión, como la más propicia para divulgar lo que habían dicho desde los comienzos de este siglo don Martín Fernández de Navarrete y Alejandro de Humboldt, y años después los PP. Fidel Fita y Ricardo Cappa, y los Sres. Fernández Duro, Jiménez de la Espada y Zaragoza, en defensa y vindicación de la España del siglo XVI.

Las controversias históricas á que ha dado ocasión el Centenario que se ha conmemorado en el día 12 de Octubre de 1892 han puesto en punto de evidencia, que la deshonra de España no debe servir de pedestal á la estatua del glorioso descubridor de las Indias Occidentales. Pongamos término á esta *Crónica dialogada* felicitándonos del buen resultado que ha tenido para el esclarecimiento de la verdad histórica la solemne conmemoración del cuarto centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo, llamado por algunos Centenario de Colón y por otros, centenario del descubrimiento de América, como si Oceanía no formase parte de las tierras descubiertas por Colón y los continuadores de su heroica empresa.

25 Enero, 1893.

FIN

Faint, illegible text, possibly bleed-through from the reverse side of the page. The text is arranged in several paragraphs and is difficult to decipher due to its low contrast and blurriness.



## INDICE

Dedicatoria á la señora doña María Josefa de Vargas-Machuca de Vidart. Pág. 5

### I

Origen de esta CRÓNICA.—Los cronistas del Centenario, D. José Fernández Bremón, D. Cesáreo Fernández Duro y D. Alfredo Vicenti.—Las conferencias americanistas del Ateneo de Madrid.—Ni Centenario de Colón, ni Centenario del descubrimiento de América; debiera decirse: Centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo.—Los libros de don Marcos Jiménez de la Espada y de D. Alejandro de la Torre y Vélez. Pág. 7

### II

Las pocas conferencias publicadas del Ateneo de Madrid.—*Fuentes históricas sobre Colón y América*. Pedro Mártir de Angleria. Libro rarísimo, que sacó del olvido, traduciéndolo y dándolo á luz en 1892, el doctor D. Joaquín Torres Asensio, canónigo lectoral de Madrid. Pág. 13.

### III

La nao *Santa María* y los festejos de Huelva y de Palos.—De cómo se debieran de emplear los cuatro millones de reales que se propone invertir en fuegos de artificio y otros excesos el Ayuntamiento de Madrid.—*De las antigüas gentes del Perú*, por el P. Las Casas, con un prólogo de D. Marcos Jiménez de la Espada.—Un libro del canónigo lectoral de Salamanca, D. Alejandro de la Torre, y un poema del Excmo. Sr. D. José Lamarque de Novoa. Pág. 18.

### IV

Un artículo de Castelar y otro de Balart.—La inversión de los seis millones de reales que trata de gastar en las fiestas del Centenario el Ayuntamiento de Madrid.—Lo que dicen acerca del próximo Centenario los señores Sánchez Moguel, Ferrazón y Sorela. Pág. 23.

### V

Las ideas acerca de la celebración del Centenario, de los señores D. Federico Balart, D. Antonio Sánchez Moguel, don Patricio Ferrazón y D. Luis Sorela.—Un libro de la duquesa de Alba.—Un estudio biográfico de Martín Alonso Pinzón, por el Excmo. Sr. D. José M. Asensio.—*Cristóbal Colón y el descubrimiento de América*, por Alejandro de Humboldt; obra traducida del francés por D. Luis Navarro. Pág. 28.

VI

Coincidencia de dos ideas nuestras con las de los señores Menéndez Pelayo y Balart.—El último libro de la duquesa de Alba y los juicios acerca de este libro de los señores don Jacinto Octavio Picón y D. José Gutiérrez Abascal.  
*Pág. 34.*

VII

Discurso inaugural de las conferencias americanistas del Ateneo de Madrid, por el Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.  
*Pág. 40.*

VIII

La víspera de la conmemoración secular del descubrimiento del Nuevo Mundo.  
*Pág. 57.*

IX

De cómo el Centenario de Colón se ha transformado en Cuarto centenario del descubrimiento de la envidia de los españoles.  
*Pág. 61.*

X

Cartas dirigidas á los Sres. D. José Fernández Bremón y D. Baldomero Lois.—El número extraordinario del *Memorial de Artillería*—Los escritos del general D. Mario de la Sala, del comandante D. Leopoldo Barrios, y del capitán D. Miguel Carrasco Labadía.  
*Pág. 65.*

XI

Cartas dirigidas á los Sres. Taboada y García Al-Deguer.—Una proposición presentada en el Congreso literario hispano-americano.  
*Pág. 69.*

XII

Una lección de Historia del americanista Enrique HARRISSE.  
*Pág. 75.*

XIII

La ciencia del Sr. Pinheiro Chagas y la arrogancia del señor HARRISSE.  
*Pág. 80.*

XIV

*Os descobrimentos portugueses e os de Colombo*, por Manuel Pinheiro Chagas.—*Christophe Colomb devant l'histoire*, por Enrique HARRISSE.  
*Pág. 86.*

XV

Resumen y terminación de esta *Crónica dialogada*.  
*Pág. 90.*